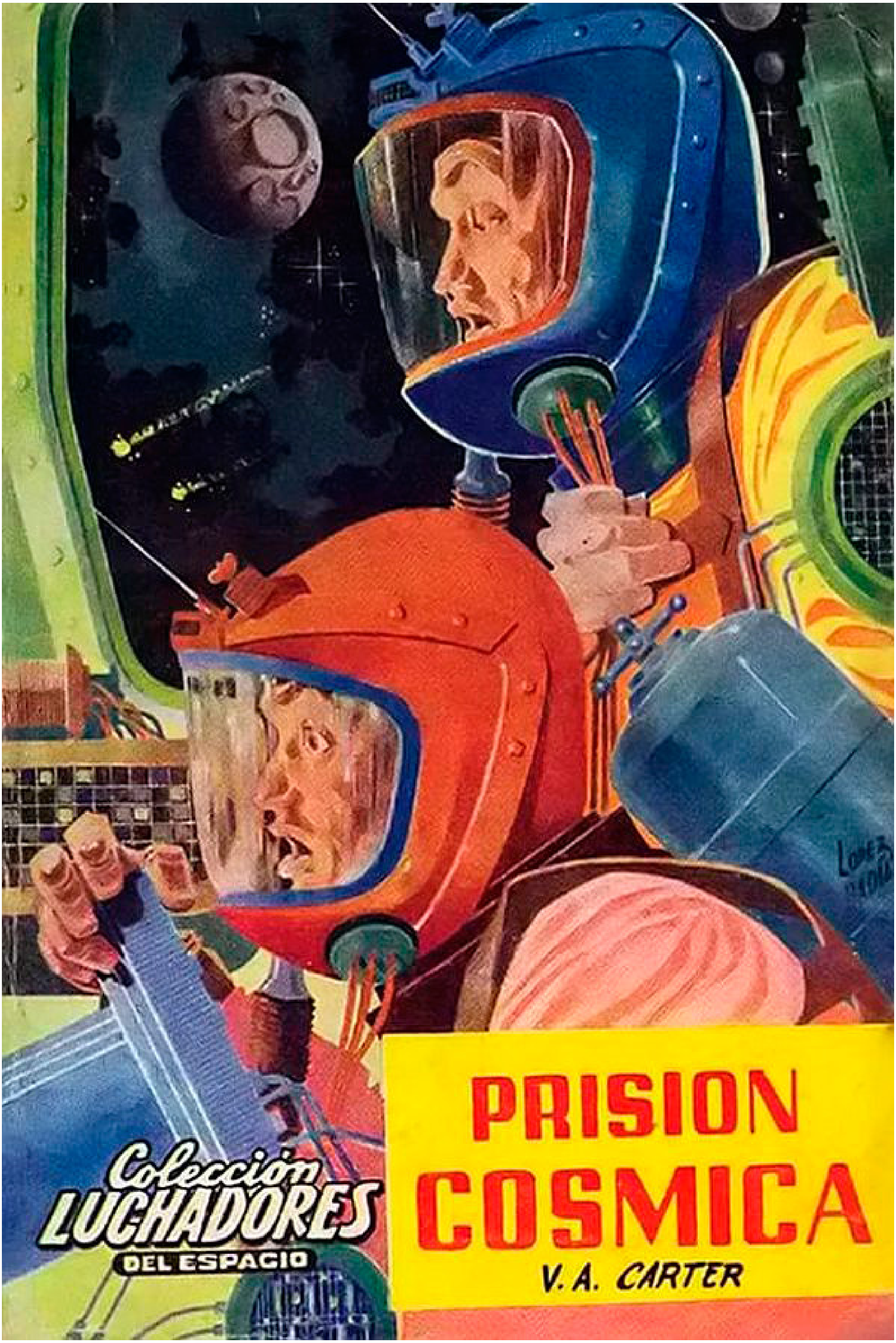

PRISION COSMICA
V. A. CARTER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRISION COSMICA

Luchadores Del Espacio Nº 193

Un auténtico éxito popular dentro de la novela popular dedicada a la ciencia-ficción, premiada en Europa.

Denostadas por algunos, despreciadas por muchos y leídas por casi todos los aficionados a la ciencia ficción -excepto los más jóvenes- durante la infancia y la adolescencia, las novelas de a duro forman parte importante se quiera o no de la ciencia ficción española.

Autor: Carter, V. A.

UUID: acb7eb8c-aa62-4594-b6ea-8dc3a23267b8
Generado con: QualityEbook v0.84

PRISIÓN CÓSMICA

V.A. CARTER

Dep. legal V. 2075,—1961, .
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA
Núm de Rgtro. : 3200.—1961.

V. A. CARTER

PRISION COSMICA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA



PRISION COSMICA

por

V. A. CARTER

CAPITULO PRIMERO

EL dolor era algo inconcebible.

Solamente quien haya experimentado una sensación semejante es capaz de comprender la espeluznante sensación de agonía, de sufrir mil muertes a cada segundo, que sentía yo en aquel momento. ¿Hay alguien capaz de imaginar la miríada de átomos que forman un cuerpo humano, vibrando al unísono, cambiando literalmente de posición, agitándose cual si formasen una masa amorfa, si no ha sufrido la experiencia por que yo estaba pasando? Yo sentía todo aquello, ¡y a pesar de todo, continuaba viviendo!

¿Cuánto tiempo transcurrió así? Yo sé que fueron escasamente una veintena de segundos. Sin embargo, esta certeza era incapaz de disipar aquella otra de que durante miles de años mi ser estaba siendo juguete de una fuerza inconcebible… y el temor de que ya jamás volviera a sentir la solidez de un cuerpo que obedeciese a los mandatos de aquel cerebro que, pese a no ser en ciertos instantes otra cosa que una aglomeración de componentes sin aparente ilación entre sí, seguía funcionando… sintiendo… deseando…

Muy poco a poco, sin casi transición, insensiblemente, un principio de orden fue sustituyendo al caos. Un átomo halló su lugar prefijado; luego fueron tres… veinte… doscientos… un millón… Finalmente cada cosa ocupó su sitio. ¡Y yo estaba vivo aún!

Durante una brevísima fracción de tiempo me sentí excitado por que no hubiera ocurrido lo imposible; que aquello terminase en un fracaso. La alegría de saberme vivo ahogó todo otro pensamiento… Y me dormí.

Dormí profundamente, casi con la misma intensidad que antes había vivido aquella incalificable agonía.

* * *

Abrí los ojos. Me encontraba en una habitación extraña, tendido sobre una cama metálica, más bien dura para lo que yo tenía costumbre. Todo a mi alrededor era blanco… inmaculadamente blanco.

—Un hospital —pensé.

Volviendo la cabeza a un lado y otro pude dar un vistazo a mi alrededor. El departamento no era grande: diez o doce metros cuadrados. La cama en que estaba tendido, una especie de mesilla, una butaca, dos sillas y una percha vacía componían todo su mobiliario. En una de las paredes, dos puertecillas parecían indicar la presencia de un armario. Otra puerta en el muro opuesto a mi cabecera y una ventana, abierta, a través de cuya persiana se filtraban algunos rayos de sol, componían todo cuanto de momento llamó mi atención.

Eso, y la limpieza. Y el suave olor de algún desinfectante, utilizado en dosis masivas.

—Decididamente, estoy en un hospital —repetí para mí mismo.

¿Cómo había llegado hasta allí? No recordaba nada…

Traté de moverme. Imposible. No estaba precisamente paralizado, pero tampoco gozaba de libertad de movimientos. Algo me impedía accionar las articulaciones más de lo imprescindible para convencerme de que mis músculos y centros nerviosos respondían al estímulo del cerebro.

Además experimentaba una rara sensación… Algo indefinible, que no puedo comparar con otra cosa que la incomodidad de un traje demasiado estrecho… ¡Pero la escasa ropa que llevaba puesta no me oprimía por ningún lado!

Traté de reflexionar. Inútilmente. No podía sacar nada en limpio de la situación.

Solamente que me encontraba como desplazado. Nada parecía encajar en mi esquema mental: la habitación, el mobiliario… hasta yo mismo era algo extraño, pese a que todo me era perfectamente familiar.

Desde luego no recordaba haber estado allí nunca, ni, si a eso íbamos, en cualquier otra parte. Parecía que mi vida había comenzado en el instante en que abrí los ojos.

—Un espejo es lo que necesito.

¿Para qué? Me sorprendía este pensamiento. ¿Tal vez para convencerme de que “yo” era YO MISMO? ¿Que no me habían cambiado por otra persona distinta?

—Pero, ¡qué tonterías estás pensando…!

Me interrumpí abruptamente. A aquella frase le faltaba algo. Algo

muy importante: ¡Mi nombre! ¿Cómo me llamaba yo… si es que jamás me había llamado de alguna forma?

¿Y qué era un nombre? Algo que…

Nada. No daba con la respuesta a esto tampoco.

¿Acabaría enloqueciendo en este torbellino de preguntas sin contestación? ¿O ya estaría loco?

—Quizá esto sea en realidad un manicomio.

Sentí cierto alivio ante esta idea. Después de todo, yo sabía lo que era una casa de salud: no lo ignoraba todo.

—¿Ya despertó?

La voz me sonó extraña como todo lo que llevaba percibiendo con los sentidos. Volví la cabeza.

—¡Hola!—estaba seguro de no haber oído jamás esta palabra de mi boca. La muchacha de la puerta sonrió, cerrando detrás de sí al tiempo que se aproximaba a la cama.

—¡Vaya, ya iba siendo hora! ¿Cómo se encuentra? —hablaba en forma agradable, y, para mí mismo, pensé que era bastante bonita.

—Bien, creo yo. Aunque no puedo moverme mucho.

—¿No puede moverse? —se extrañó—. Es raro…

—¿Qué me ocurre? ¿Dónde estoy? —pregunté con cierta alarma, al ver su expresión.

Vaciló brevemente.

—Bien… no creo que haya ningún mal en decírselo: alguien encontró su coche en un camino poco transitado. Usted estaba dentro, y al principio le creyeron muerto.

—¿Muerto?

—Sí, muerto. Su corazón apenas latía dos veces por minuto. Cuando el “coronel” le reconoció para certificar la defunción pudo darse cuenta de ello. Le trajeron aquí, pero no respondía a ningún estimulante… al menos en la forma normal. Su pulso se aceleraba poco a poco, pero lo mismo ocurría si no se le administraba ningún medicamento. Le ha costado una semana llegar a la situación en que está ahora.

—Y ahora, ¿cómo estoy?

—Nadie lo sabe. En apariencia, perfectamente bien. Siempre lo estuvo en realidad salvo esa inexplicable lentitud de funcionamiento en todos sus órganos. Pero…

Me causó la impresión de que me ocultaba algo, lo cual me alarmó aunque sin saber por qué.

—¿Qué me ocurre? —casi grité—. ¿Por qué no me dice la verdad?

—Ahora vendrá el doctor Wallis —me tomó el pulso, y luego de comprobar su funcionamiento a ritmo ya casi normal se encaminó hacia la salida—. El podrá explicarle mejor que yo.

Aguardé con impaciencia, saltando literalmente. Por fin se presentó el doctor.

—¡Vaya, hombre, vaya! —se restregó las manos. Era un hombre de una simpatía arrobadora, de juveniles movimientos y piel tersa, que no encajaban con la nívea blancura de sus cabellos—. ¿Así que, por fin, se decidió a despertarse?

—Doctor —le espeté sin preámbulo alguno—. Soy un hombre adulto y quiero saber lo que me ocurre, sin tapujos de ninguna clase.

Me miró unos instantes, solamente Por su expresión me era imposible deducir si estaba forjando una piadosa mentira o, simplemente, ordenando sus ideas para explicarse más claramente.

—Bien, señor Burton…

¡Burton! ¡Gene Burton era mi nombre! ¡Ahora lo recordaba!

—…Ya le ha explicado la señorita Martin cómo le hallaron a usted aparentemente muerto, en el interior de su automóvil, y que, al parecer sin ayuda médica alguna, se ha ido recuperando hasta llegar a la casi normalidad funcional…

—¿No estoy normal todavía?

—No. Su ritmo cardiaco es un poco lento aún. No puede apenas moverse. Y no sé su cabeza cómo funcionará: pueden haber lesiones inapreciables superficialmente.

Entendí lo que quería decir.

—No recuerdo nada. Sé que me llamo Burton porque usted acaba de decírmelo, doctor. Estoy seguro de que iré recobrando la memoria poco a poco, aunque con relativa facilidad, según perciba con mis sentidos las sensaciones relacionadas con los recuerdos…

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Wallis con viveza. Parecía asombrado de mis palabras.

—No lo sé —reconocí francamente—. Es más, puedo asegurarle que lo que le he dicho no lo pensaba en absoluto… como si estuviera tan cierto de ello que no necesitara rebuscar en mi memoria. Es lo mismo que mi posibilidad de hablar normalmente cuando no tengo ni idea de cómo ni cuándo he aprendido a pronunciar palabras… ni siquiera sé cómo se llama el idioma en que hablo, pese a saber el significado del vocablo “idioma”.

—Inglés —me ayudó Wallis, amable—. Nos encontramos en los Estados Unidos de América, planeta Tierra. Nuestro idioma procede de Inglaterra, una gran isla próxima al continente europeo.

—Gracias, doctor —sonreí—. Creo que no se me olvidará. ¿Quiere decirme algo sobre mí mismo, por favor?

Wallis volvió a caer en un silencio de algunos segundos de duración.

Es curioso —musitó al cabo, en forma que casi parecía más que hablaba para sí mismo—. Resulta que lo único que puedo decirle, es lo siguiente: Se llama usted Gene Burton, tiene 29 años, y cuando esté en condiciones de que se le dé el alta, debo avisar a la comandancia local de las Fuerzas Aéreas para que vengan a recogerle. En tanto estoy obligado a no realizar investigación alguna acerca de usted y a prohibirle que cuente nada de sí mismo que no tenga relación con su salud.

Reímos de buena gana los dos. ¿Cómo iba a contarle nada si lo único que yo sabía de mí era lo que él me acababa de explicar?

—Bien, pues. Dígame cómo me encuentra de salud.

—Perfecto —repuso sin vacilar—. Es algo totalmente inexplicable lo que le ocurrió a usted… de la misma forma que lo es su recuperación. Fuera de eso, jamás he visto persona más sana en toda mi vida… Casi estoy por asegurar que, de tan perfectamente que se encuentra su físico, es usted un ser anormal. No tiene ni un solo defecto funcional o de constitución.

—Es para animarse, ¿no?—sonreí—. ¡El ser más perfecto del mundo, tendido en la cama de un hospital, imposibilitado de moverse sin que nadie sepa por qué!

Tres días después abandonaba el hospital de la pequeña ciudad de Colorado y se hacía cargo de mí el capitán Svenssen, un hombre cuya única misión en este mundo parecía consistir en decir “sí” o “no” lo más secamente posible. Imposible sacar nada de aquel madero uniformado.

Salvo mi falta de memoria, me encontraba perfectamente bien en todos los aspectos. Así llegamos a San Francisco, donde Svenssen me dejó en manos del comandante Atkins.

La misión de éste parecía consistir únicamente en dejarme sano y salvo en la isla de Oahu, cerca de Honolulu (concretamente en el aeródromo militar de Luke Field, en plena bahía de Pearl Harbour), para desde allí embarcarme seguidamente en un submarino.

Tampoco aquí permanecí mucho tiempo. Dos días de navegación; luego una espera de varias horas con los motores parados, y finalmente,

en plena noche, emergimos frente a unas costas que más tarde supe eran las de la isla de Pascua.

Otro sumergible, éste de menor tamaño, se aproximó mientras yo asomaba por la torreta a una casi muda indicación del capitán cuyo nombre ni siquiera llegué a saber.

No sin ciertas dificultades realicé el transbordo, encontrándome en una pequeña cabina con cuatro asientos, único departamento de la embarcación cuyo interior tenía más de taxi que de otra cosa. El piloto estaba sentado en uno de ellos, y apenas me vio aparecer cerró la escotilla. En el acto se percibió el funcionamiento de las bombas inyectando agua en los depósitos de lastre.

—¡Hello, Cap!—saludó familiarmente el hombre.

Acostumbrado a que todos me tratasen como a un apestado, lo que empezaba ya a hacerme sentir que yo era alguien muy importante… o un peligroso criminal fugado, aquella recepción me hizo volverme con sorpresa.

—¡Abe, granuja! —era imposible no reconocer en el acto las pecosas facciones del sargento Trenton, coronadas por la llameante cabellera roja.

Durante un buen rato nos palmeamos furiosamente las espaldas en el estrecho compartimento… y yo sin saber de dónde nos venía aquella arrolladora amistad, ni qué hacía allí el bueno de Abe.

—Siéntate aquí, a mi lado, Gene —tenía la misma edad, pero acostumbraba a tratarme como si fuera mi abuelo—. ¿Te has divertido mucho?

—¡Pscht! —hice, sin comprometerme—. Así, así…

Nos sumergimos cuanto permitía el lastre antes de poner en marcha las turbinas. Luego Trenton perdió bastante tiempo en dar la vuelta a la isla antes de tomar un rumbo ligeramente hacia el sudeste, que poco después se convertía en oeste.

Cabalgando casi por encima de la línea del Ecuador, seguro ya mi piloto de que cumplía todo lo ordenado con respecto a precauciones para dar esquinazo a posibles seguidores, reanudamos la conversación.

—No parece que te haya ido demasiado bien, muchacho —observó, mirándome fijamente—. ¿Te defraudó el Gran Cañón?

—¿El Gran Cañón? —tardé un par de segundos en captar el significado de esta pregunta: efectivamente mi presencia en Colorado era debida a un deseo de visitar el Parque. Sin embargo, aquel inexplicable accidente me había impedido llegar hasta Arizona—. ¡Oh,

sí! ¡Es algo espléndido, chico! Te recomiendo que vayas si tienes ocasión alguna vez.

—¿Y las Cataratas? —nueva pregunta que hacía luz. ¡Claro! Yo había estado en el Este, recorriendo los Estados en mi automóvil. Abe me preguntaba por lo más saliente—. ¿Pudiste verlas?

—No —repuse muy seriamente—. El día que estuve allí no funcionaban por una avería en el suministro de agua.

Abe se quedó como quien ve visiones; había momentos en que se manifestaba en él una especial lentitud en comprender las cosas. Por fin estalló en carcajadas.

Jamás he sabido el porqué de mentirle en lo de haber visitado el Gran Cañón. Trenton era un buen muchacho, fiel a mi persona hasta la exageración, y que hubiera sido capaz de cualquier sacrificio por mí. Más de una vez, según supe más tarde… o mejor dicho, recordé, había tenido peleas con compañeros que no me trataban con suficiente respeto, en su opinión.

Sin embargo, algo, tal vez una idea subconsciente, me impedía comunicarle lo que me había ocurrido.

Me encontraba francamente incómodo cuando, luego de la broma de las Cataratas, Abe guardó silencio durante varios minutos. No me decidía a preguntarle directamente… entre otros motivos porque no hubiera sabido sobre qué.

Era extraño lo que me ocurría. Reconocí al sargento Trenton inmediatamente de verle, y, sin embargo, me resultaba de todo punto imposible relacionarle con nada que yo recordase: amistades, lugares, trabajo… todo se perdía tras un impenetrable muro, para, de vez en cuando aparecer un detalle, un rostro, como una brillante explosión que automáticamente ocupaba su lugar habitual cual si siempre hubiera estado allí.

Abe me estaba mirando fijamente, olvidado de los instrumentos que tenía el deber de vigilar. Al darme cuenta, le sonreí algo confuso.

—¿Qué te pasa, Gene? —preguntó preocupado—. Estás como perdido… No te reconozco.

—No es nada, Abe. Te lo aseguro —traté de tranquilizarle—. Simples aprensiones tuyas.

—Estás mintiendo, hijo —reconvino blandamente—. ¿A santo de qué, sino, interrumpir tus vacaciones con quince días de anticipación? Yo hubiera esperado de ti que regresaras una semana después… ¡pero esto…! No, muchacho. ¡Que no!

—Me aburría, y…

—¡Tonterías! ¿Aburrirte, tú? —rió con notoria falta de alegría. Repentinamente se puso serio—. Si no quieres decírmelo, no insistiré más, Gene. Pero…

—Gracias por el interés, Abe. Nuevamente caímos en el silencio. Sin esfuerzo alguno me era posible ver el funcionamiento de todos los instrumentos de control del pequeño submarino… y entenderlos a la perfección. Como de costumbre, no recordaba cuándo aprendí el manejo de aquel reducido aparato.

Debí dormirme en algún momento, aunque no puedo decir cuánto tiempo fue. Una brusca sacudida me despertó.

Ya estamos en Jarvis, Gene —dijo Trenton, levantándose.

Le imité. La isla de Jarvis me era perfectamente conocida hasta el punto de que hubiera sido capaz de recorrerla a ciegas. ¿Cuándo había estado en ella, y para qué?

Al salir nos encontramos en el pequeño puerto subterráneo de la base secreta. Sin vacilar un segundo caminé en busca de la salida, seguido por el sargento.

El general Seaborg, rodeado por su estado mayor, nos salió al paso. Allí estaban, mezclados con el conjunto de oficiales administrativos, mis compañeros Joe Millikan, Keith y Theo Gilbert.

Automáticamente saludé, poniéndome rígido.

Seaborg hizo una seña en dirección a mi compañero, que no admitía ser confundida.

—Puede retirarse, sargento —Abe obedeció con una ligera vacilación. Luego, el general se volvió hacia mí—. ¿Puede saberse lo que ha ocurrido, capitán?

—Lo lamento, señor, pero estoy tan ignorante como usted.

—¿Cómo es eso…? —parecía irritado por mis palabras, aunque luego debió recordar algo, pues rectificó—. ¡Ah, claro! Comprendo… ¡Mayor Homer!

El comandante médico de nuestro grupo se adelantó. Era un hombre de mediana edad, bastante parecido en su aspecto al doctor Wallis que me atendió en el pequeño hospital de Colorado.

—¿Diga, señor?

—Hágase cargo del capitán Burton, mayor. Le autorizo para que le haga la autopsia en vivo, si es necesario, pero quiero que me lo deje en perfectas condiciones para el día en que deba terminar su licencia.

CAPITULO II

NO me hizo una vivisección al por mayor, pero faltó bien poca cosa. Encefalogramas, cardiogramas, análisis de sangre, de jugos gástricos, rayos X… docenas y docenas de pruebas, muchas de ellas repetidas hasta tres y cuatro veces.

Finalmente se dejó caer agotado en una butaca de su pequeña clínica.

—No lo entiendo, Burton. ¡No lo entiendo!

—¿Qué es lo que no entiende, señor? —pregunté respetuosamente.

—¡Todo! —estalló, limpiándose el sudor con un enorme pañuelo—. ¿Quieres decirme cómo es posible que, en pocos días, hayan mejorado tus condiciones físicas hasta este extremo?

Con el índice golpeaba una cartulina en la que constaba mi ficha clínica.

—Tenía entendido que… ¡…que tú, como todos los que habéis sido seleccionados para este trabajo, poseéis los físicos mejor dotados que nos ha sido posible encontrar! ¡De acuerdo! ¡Pero eso no explica que hayan desaparecido todos, absolutamente todos, tus defectos, grandes y pequeños, y que las cualidades alcancen el límite máximo que se cree posible en un ser humano!

—Eso me dijo el doctor Wallis —repuse tranquilamente. No veía aún los motivos de aquella excitación del mayor.

—¿Quién es ese doctor Wallis? —estalló.

—El que me atendió a raíz de mi… accidente.

—Ya… —de encima de su mesa tomó un legajo de papeles, ojeándolos con rapidez—. Eso dice aquí… ¿Y tu memoria?

—La voy recuperando poco a poco. En realidad no sé cuál es mi misión, ni cuándo salí de Jarvis… ni para qué.

Me miró con la boca abierta.

—Entonces… ¿has olvidado todo tu entrenamiento?

—Sí, señor. Ni siquiera sé que se me haya entrenado nunca para cosa alguna.

—¡Ahora sí que la hemos hecho buena! Perdemos un magnífico sujeto, para recuperarlo en condiciones físicas infinitamente mejores que antes, ¡pero hay que volver a meterle en la cabeza todo lo que costó meses y más meses de enseñarle!

Se le veía desesperado y traté de consolarle. Debía ser muy grave el transtorno ocasionado con mi pérdida de memoria para que se pusiera así.

—Perdone, señor, pero yo creo…

—¿Qué dirá el jefe cuando lo sepa? ¡Es capaz de matar a alguien!

—Si me explicara qué es lo que ocurre…

Me costó trabajo el lograrlo, pero por fin condescendió a ello. Aparte de todos los proyectos y programas oficiales del gobierno norteamericano, más o menos secretos, sobre exploración espacial, se había montado una base de lanzamiento de satélites artificiales en la pequeña y casi desconocida isla de Jarvis en pleno Océano Pacífico y a mitad de camino entre los Polos de la Tierra. Para lograr ciertos objetivos era ideal eso de encontrarse precisamente en el Ecuador. Millikan, Gilbert, Keith y yo éramos los conejos de Indias elegidos para tripular las naves del espacio que, eventualmente, se lanzarían desde allí.

—Y sin ti nuestro equipo queda cojo. ¡Perderemos tal vez un año hasta poder tener todo a punto de nuevo!

—Tal vez no, señor. ¿Por qué no prueban a ponerme delante algo de lo que es objeto de mi entrenamiento? Quizá así lo recuerde…

—Nada cuesta intentarlo —dijo súbitamente animado—. ¡Ven conmigo al centrifugador!

Sin vacilar, sabiendo dónde íbamos y a qué, seguí a Homer hasta un departamento, en el centro del cual se alzaba una gruesa columna metálica. Sujeto a ella con un juego de tirantes rígidos, y a cierta distancia, una pequeña cabina a la que me dirigí, colándome en su interior.

—Cuando quiera, doctor —dije, sujetándome con habilidad propia de gran práctica, las correas que me mantendrían fijo al asiento. Ni por un instante me encontré desplazado o me asaltó la más ligera duda sobre lo que había que hacer.

Un casco telefónico quedó adaptado a mis oídos.

Homer movió varias palancas de un cuadro situado en un cubículo, y mi cabina giró hasta que estuve dando frente a la columna del centro.

Al principio, de no saber lo que ocurría, hubiera podido pensar que nada cambiaba. Sin embargo, girando la vista a los lados me era posible ver cómo la estancia comenzaba a pasar por detrás de mí, cada vez a mayor velocidad, hasta que a los pocos segundos resultaba imposible observar otra cosa que una borrosa sucesión de manchas irreconocibles.

Luego, hasta esto se desvaneció.

—¿Te encuentras bien, muchacho? —preguntó Homer con cierta ansiedad.

—Pues, ¿qué pensaba usted, doctor? —repuse animadamente—. Sabe que resisto mucho más de dos gravedades.

Ante mí, una esfera señalaba la presión de la gravedad artificial. Cuando el sujeto de la experiencia era algún novato, esta esfera permanecía oculta para evitar complicaciones síquicas, ya que no se habían dado pocos casos en que un sujeto era capaz de resistir determinada tensión sin saberlo, para derrumbarse estrepitosamente al ver el indicador señalando bastante menos.

Homer aceleró las revoluciones del centrifugador. La aguja se fue desplazando poco a poco..

—¡Oiga, mayor! —exclamé—. Este cacharro está estropeado.

—No. No lo está, Gene —se notaba un cierto temblor en la voz del médico—. ¿No sientes nada raro?

—Precisamente por eso lo digo. ¡Aquí marca 6! ¡Acelere más!

—Tengo miedo, muchacho. Es muy peligroso…

Pero me hizo caso. 7 gravedades… 7'50… 8… 9… Cierto que me hallaba en la posición ideal de sentado, con la fuerza centrífuga actuando sobre mi pecho, y que algunos hombres habían sido capaces de soportar mucho más. Yo mismo lo había hecho. ¡Pero sintiendo molestias que ahora no experimentaba!

Cuando Homer se sintió incapaz de seguir experimentando, detuvo el aparato. Habíamos llegado a 16 gravedades.

—¡Es imposible, muchacho! —aseguró—. ¡Sin protección alguna no se puede, sencillamente “no se puede”, soportar eso!

—Lo he hecho, ¿no? —sonreí desvaídamente—. No sé cómo ha podido ser, pero las pruebas están a la vista.

Probamos a continuación en la cámara de vacío. Era una especie de nevera o caja de caudales, herméticamente cerrada, en la que se hacía disminuir la presión atmosférica normal extrayendo aire en la

proporción deseada.

Mi “record” seguía siendo muy superior a la máxima tolerable por un hombre normal.

Y lo mismo sucedió con los reflejos nerviosos, rapidez de decisión y todas cuantas pruebas se le ocurrieron a Homer durante las dos horas siguientes.

Al final me miraba con una especie de respeto, rayando en el miedo.

—¡Te has convertido en un superhombre, muchacho! No sé cómo es posible eso, pero ha ocurrido.

—¿Y mi memoria, doctor? —pregunté sonriente—. ¿He logrado todo ese progreso físico en detrimento de ella?

—Eso es algo que tampoco me explico. Sufres una especie de amnesia totalmente desconocida para mí.

—¿Qué tiene de particular?

—El hecho de que, por asociación, vayas recuperando paulatinamente la memoria según se presenta la necesidad de ella. Normalmente no ocurre así. Es algo demasiado complicado para explicártelo en pocas palabras, pero trataré de que me entiendas: la causa más usual de la pérdida de memoria suele ser un “shock”, una fuerte sacudida en el cerebro causada por un golpe o una impresión. Y las víctimas de ellas suelen recuperarse en igual forma. El origen, en tu caso, tal vez pudiera ser el mismo como consecuencia del accidente que sufriste, pero sin embargo la recuperación es totalmente anormal y paulatina.

—Voy comprendiendo… ¿qué piensa hacer?

—Nada…, salvo comunicarlo al “Ogro” —el “Ogro” era el apodo con que todos conocíamos a Serborg, pese a que no tenía nada de tal monstruo—. ¿Vas a ver a Olivia?

—¿Olivia? —no tenía ni idea de quién pudiera ser, de momento—. No sé a quién se refiere.

—Cuando la veas te acordarás —sonrió—. ¡Lárgate de aquí!

—Sí, señor.

—¡Ah! —me detuvo cuando ya ponía la mano en el pomo de la puerta—. No… nada. Creo que será mejor que… ¡Adiós!

Intrigado, salí. No tenía ni idea de a dónde dirigirme, pero pensé, no sin razón, que según fuera recorriendo el enorme subterráneo de la “Base Jarvis” recuperaría la orientación.

En algún sitio debía estar mi aposento.

Como si el nombrarla Homer hubiera sido una especie de conjuro, la

primera persona con quien tropecé fue la propia Olivia Stanley.

Naturalmente, la reconocí en el acto… y recordé muchas cosas. Muchas más de las que había recordado con otros estímulos anteriores.

Y me expliqué la reticencia de Homer al preguntarme por ella.

Olivia Stanley había sido mi novia… o al menos yo lo creí así durante una semana, el tiempo justo necesario para que Joe Millikan se incorporase a la pequeña comunidad de Jarvis Island. Desde luego no cabía culpar a nadie más que a mí por la situación que se creó seguidamente: Joe y yo, locos detrás de la muchacha, mientras ella tan pronto se inclinaba por uno como por el otro. Naturalmente, pensándolo con imparcialidad, no podía decirse con franqueza que coquetease con nosotros ni que sintiera especiales preferencias por ninguno. Pero, como suele ocurrir en estos casos, Joe minimizaba las amabilidades de Olivia para con él, exagerando las que tenía conmigo. Y a mí me ocurría igual, pero a la inversa.

Un odio infernal se había levantado entre los dos casi desde el primer día.

—Y quizá Olivia lo atizara involuntariamente, cuando trataba de mantener el equilibrio de las pasiones. Era posible que creyese que mientras no se inclinara francamente por ninguno, las cosas no pasaran de simples miradas atravesadas, cerrar de puños y desaires.

Yo creo que si desde el primer instante hubiera tomado partido, las cosas no habrían ocurrido como ocurrieron… y a la larga tal vez habría sido peor, aunque de momento diera fin al encono entre dos hombres que tenían la obligación, a causa de la tarea a realizar, de ser buenos amigos y compañeros.

—¡Hola, Gene! —me saludó con su más luminosa sonrisa, en la que participaban aquellos maravillosos ojos azules—. ¿De vuelta ya?

—Eso parece… ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Como siempre. Aburrido y con mucho trabajo. El “Ogro” —giró los ojos en derredor al pronunciar la palabra— no deja descansar a nadie.

—¿Y… Joe? ¿Cómo te va con él?

—No sé a qué te refieres. Es un buen amigo… Exactamente lo mismo que tú.

—Pienso si llegará algún día en que te decidas por uno de los dos… o por otro.

—Es asunto mío, ¿no crees? —repuso con cierta sequedad—. Y te ruego no vuelvas a las andadas.

—Un día de estos hablaré con él… seriamente —aseguré. Viendo su expresión de susto alcé el brazo tranquilizadoramente—. No. No es lo que crees. Solamente que trataremos entre él y yo la forma de solucionar por las buenas esta cuestión. Uno de los dos está fastidiándose innecesariamente… o tal vez ambos.

—No sé lo que quieres decir con eso.

—Sí lo sabes, Olivia. Pero no te consideras capaz de hacerlo tú misma.

La entrevista se iba agriando aunque ninguno de los dos lo queríamos. Comprendiendo que nada íbamos a ganar siguiendo en aquel tono, optamos por despedirnos. En otra ocasión seguiríamos hablando.

Al llegar la noche estaban en su sitio casi todas las piezas del rompecabezas que era mi desperdigada memoria… o al menos así lo creí yo durante algún tiempo. Había reanudado las relaciones con todos los demás miembros del equipo como si jamás me hubiera movido de allí. Tirantez sin disimulos con el teniente Millikan, único de tal graduación en nuestro reducido grupo de "niños mimados"; tolerancia, inclinada hacia el lado de la simpatía, con Ernie Keith, y franca amistad con Theo Gilbert. El resto eran subalternos como Abe Trenton, mecánicos y técnicos de todas las especialidades imaginables, a quienes tratábamos como a iguales, forzosamente a causa del íntimo contacto que debíamos mantener con ellos. No había nadie particularmente desagradable, lo que era una verdadera fortuna.

Me fui pronto a dormir y ¡cosa extraña! no soñé con Olivia en brazos de Millikan como me había ocurrido en muchísimas ocasiones con anterioridad.

Por el contrario, mi sueño no tuvo relación alguna con ella. Yo me veía en medio del espacio, encerrado en una especie de ataúd, imposibilitado de moverme, mientras un ser horripilante, emergido de las profundidades del firmamento, en forma de una nube rojiza, extendía los brazos empujándome hacia abajo. La nube cambiaba de forma continuamente, pero siempre salían de ella aquellos dos brazos tratando de devolverme a la Tierra.

—"¡Recuerda que no puedes salir!—repetía continuamente una voz cavernosa—. ¡No puedes salir! ¡Recuerda! ¡Recuerda…!"

Me desperté sobresaltado. El sueño era tan vivido que, aun sintiendo debajo de mí la solidez del entero globo terráqueo, tardé algunos minutos en tranquilizarme.

Y apenas cerrados los ojos, la pesadilla se reanudó. La escena era casi la misma, pero las palabras del “Ser” habían cambiado ahora.

—”¡Regresa! ¡El espacio no es para los terrestres! ¡Vuestros dominios acaban donde termina la atmósfera! ¡No podéis salir al espacio! “

Así, toda la noche. Sudé, di vueltas en la cama… creo que en alguna ocasión llegué a gritar aunque no parece que alguien me oyó.

Por fin llegó la luz del día y con ella la liberación. Pero para entonces yo lucía unas hermosas ojeras y estaba pálido como un muerto.

Abe Trenton abrió la puerta de mi dormitorio, sin casi transición entre dos rápidos golpes y el asomar de la cabeza.

—El “Ogro” te llama, Gene. Dice que es urgente.

—¿A estas horas? —miré el reloj para convencerme de que era muy pronto—. ¡Pero si son las seis de la mañana!

—Eso digo yo —repuso, encogiéndose de hombros—. Esta noche me ha correspondido guardia en el cuartel general. Apareció de improviso hace un minuto, diciéndome que te hiciera presentarte ante él como estuvieras… incluso en pijama, o menos, si no lo utilizas para dormir.

—¡Diablos! —murmuré. Seaborg no era hombre que llamara a un subordinado tan perentoriamente si no era en absoluto imprescindible.

Corrí detrás de Abe, siguiendo sus instrucciones al pie de la letra.

—Siéntate, Gene —me miró largamente con sus ojos cargados de sueño, como estaban los míos propios. Obedecí, tomando automáticamente un cigarrillo del paquete que me ofrecía—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, señor. ¿Por qué me lo pregunta?

—No he podido dormir en toda la noche —repuso con aparente incongruencia.

—¿Digiriendo el informe que Doc le ha presentado de mí?

—Pues, aunque no lo creas, no es eso. Se trata de Keith.

—¿Le ocurre algo a Ernie? Anoche estaba bien…

—Pero ahora no. Parece que después de cenar salió a bañarse… y sufre un ligero corte de indigestión.

—No creo que sea nada grave —respiré aliviado.

—Pero mañana tenía que realizar un vuelo de prueba de la nueva cabina que hemos terminado hace poco.

—No sabía nada de eso —dije, sorprendido.

—Ni nadie, excepto yo mismo. Todos creen que la vamos a lanzar

sin tripulante. ¡Y ahora tendremos que hacerlo así, salvo que…!

Se quedó mirándome, como si no se atreviera a seguir.

—¿Salvo que lo haga yo?

—Eso mismo, muchacho. Tu ficha me ha entusiasmado… aunque no comprendo la razón del cambio que sufres. A no ser porque te veo, tus huellas dactilares y demás características son las mismas, diría que se trata de otra persona.

—Estoy dispuesto —y era verdad. Con la memoria de lo que estaba haciendo allí, había resurgido en mí el entusiasmo que me hizo presentarme voluntario para formar parte del equipo de la “Base Jarvis”.

Y así fue como casi dos semanas antes de terminárseme el permiso, reanudé el trabajo.

* * *

El “Prometheus”, gigantesco proyectil de tres fases a combustible líquido, sobre la última de las cuales iba acoplada la cabina, era el destinado a enviarme más allá de la atmósfera, a mil cuatrocientos kilómetros de altura. Su nombre provenía de las altas temperaturas que alcanzaban los gases de su combustión, y que recordaban la hazaña de aquel héroe mitológico que robó su fuego al Sol para entregarlo a los hombres.

Eso, al menos, gustaba yo de imaginarme, aunque la realidad era mucho más prosaica. Agotada la serie de grandes dioses de la antigüedad con los Thor, Júpiter, Titán, Saturno, Plutón, etcétera, los científicos habían tenido que acudir a las deidades menores para bautizar a los cada vez más potentes ingenios que iban desarrollando. Y a las dos versiones utilizadas en “Jarvis Island” les había caído en suerte los nombres de “Prometeo” I y II.

El II era el que iba a utilizar yo. No se diferenciaba del I más que en el combustible a emplear en la primera fase, de menor potencia que el de las restantes para impedir una aceleración demasiado peligrosa para la integridad de los seres humanos. Cuando solamente se enviaban instrumentos, era utilizado el I… capaz de situar en órbita un satélite alrededor de Marte o Venus, y hacerle regresar. El II solamente era hábil para realizar esta hazaña en la Luna.

Sin demasiada emoción me introduje en la cabina ojival. La única diferencia con las anteriores utilizadas por nosotros consistía en su

mayor tamaño… y la siempre creciente serie de instrumentos de toda especie. Esta podía transportar dos pasajeros y su equipo.

—Faltan tres minutos, Gene —me dijo la voz del “Ogro” apenas me hube encasquetado el casco, y aún se oían en el exterior las manipulaciones de los que colocaban la portezuela en su sitio, cerrando herméticamente—. ¿Todo bien?

—Por ahora sí, señor —repuse—. Cuando quieran.

Era aburrido esperar, y me entretuve ojeando la multitud de diales, luces, llaves y palancas que me rodeaban por todas partes. En mi traje coincidían centenares de cables que registrarían todas las reacciones de mi cuerpo.

—Veinte segundos, muchacho —me sobresaltó ligeramente la voz del jefe.

—Adelante.

Una cantinela monótona, recitando hacía atrás las cifras de los segundos que transcurrían…

—… siete… —una llameante sensación de pánico me dominó, para desvanecerse antes de que la voz continuara—: …seis… cinco…—cerré los ojos, aspirando profundamente—…cuatro…—expiré—…tres… dos…—volví a aspirar, y mis ojos se clavaron en un lugar indeterminado delante de mí, al tiempo que me agarraba fuertemente con las manos a los brazos del sillón con amortiguadores de aire comprimido y aceite—…uno… ¡Cero!

Nada, de momento, salvo el temblor de toda la estructura del cohete que se transmitía hasta mi aislada prisión. Afuera el estruendo debía ser algo inenarrable. Levanté una mano, y el movimiento no me costó ningún esfuerzo. ¿Habría fallado algo?

Continué con la mano en alto. Poco a poco iba necesitando mayor esfuerzo para sostenerla, y por fin me cansé del juego. Permanecí quieto.

No sentía molestia alguna pese a que la aceleración ya debía haber alcanzado a las 12-g. Y entonces, en el absoluto silencio que me rodeaba, se introdujo un nuevo sonido.

Tal vez no fuera exactamente un sonido. Parecía más bien una palpitación… ¡Zuum!, un segundo, ¡zuum!, otra vez.

Era mi corazón, sin duda alguna. Reuniendo todas mis energías coloqué mi mano izquierda sobre el pecho. No percibí nada a causa del espesor del. traje, pero la víscera continuaba bombeando la sangre a través de mi sistema circulatorio con una fuerza de la que no la hubiera

creído capaz… ¡Y sin esforzarse lo más mínimo! Simplemente había cambiado su ritmo, haciéndolo más lento.

Como el sistema de marchas de un automóvil, pensé. Velocidad de funcionamiento inversamente proporcional al esfuerzo requerido. ¿Hasta dónde sería capaz de adaptarse mi corazón?

—¡Gene!—llamó la voz de Seaborg, alarmada—. ¿Qué te ocurre?

—Nada, señor—repuse—. ¿Por qué lo pregunta?

—¡El doctor dice que…!—se interrumpió en seco, como si una mano se hubiera apoyado sobre el micrófono.

—¿Que mi corazón late más despacio?—reí—. Ya me he dado cuenta. Como deducirá por mi voz, tampoco siento dificultad alguna para respirar. No se preocupe por mí.

—¡Es asombroso!—oí decir a Homer, algo alejado del micrófono—. ¡Y él se ha dado cuenta!

En aquel momento cesó la aceleración durante breves segundos. El combustible de la primera fase se había agotado.

Sucesivamente ardieron la segunda y tercera a su debido tiempo. Los mecanismos automáticos de dirección trabajaron incansables hasta colocarme en órbita casi perfectamente circular a la altura requerida.

Y la tranquilidad se hizo absoluta. De haberme librado de las ligaduras que me retenían contra el asiento, hubiese flotado desprovisto de peso… exponiéndome a partirme la cabeza con cualquier movimiento demasiado impulsivo. La gravedad había desaparecido, pero la inercia continuaba.

Di una vuelta completa a la Tierra antes de poderme considerar definitivamente anclado en el espacio.

—Todo perfecto, señor —repuse a una breve pregunta de Seaborg.

—Darás tres vueltas antes de hacer retroceder los cohetes, Gene. No es necesario que comuniques con nosotros si no sientes deseos. Pero hazlo en cuanto ocurra alguna novedad! Quedamos a la escucha.

La masa de la Tierra se interpuso entre la estación y yo. Hasta que emergiera por el otro lado, la comunicación sería muy difícil.

Y entonces sonó en mis oídos la otra voz. La “Voz del Espacio.”

CAPITULO III

¡HELIA-BIH! ¿Me oyes?

Hablaba en un idioma que, una milésima de segundo antes, yo hubiera podido jurar con perfecta tranquilidad de conciencia que no había llegado jamás a mis oídos.

Sin embargo entendí perfectamente… y contesté con la facilidad del que habla su idioma nativo.

—Di. Aster-Soh. Te escucho.

—¿Me recuerdas? —había sorpresa en la voz de mi subordinado.

—¿Por qué no te había de recordar?

—Tú mismo lo dijiste, Helia-Bih. Siguiendo tus órdenes he estado esperando aquí a que subieras para reintegrarte tus recuerdos.

—Los tengo todos —repuse. Y era cierto. Yo no había sido jamás el capitán Gene Burton, terrestre, sino Helia-Bih delegado en este sector por el Consejo de Seguridad Federal para… precisamente hacer lo que estaba haciendo—. Puedes regresar al cuarto planeta, donde recibirás mis órdenes… si las hay.

—Pero, Bih —suplicó. Mi grado era algo semejante al de mariscal en la Tierra. Un soh apenas era algo más que un oficial de tercera clase—. ¿Estás seguro de que sabes quiénes son los compañeros que te han de ayudar?

—Lo sé mejor que tú, Aster. ¡Obedece!

—Sí, señor —me lo imagino cabizbajo… o el equivalente a tal gesto de la Tierra. Ya no le volví a oír más.

El pobre y fiel Aster-Soh obedecería sin un gesto de protesta o rebeldía. Era, con respecto a mí, el equivalente al sargento Trenton para el capitán Burton. Sentí cierta tristeza al rememorar, ya sin ninguna traba, todo lo acaecido hasta ahora, pero ¡al fin y al cabo cumplía con mi deber!

Tendría que ponerme en contacto con Delab y Khune-Soh. Sabía perfectamente dónde encontrarles… en Jarvis. Pero, ¿resultaría oportuno darme a conocer por ellos? Lo pensaría.

También resultaría preciso construir una emisora para hablar con Aster. Nada difícil.

Las siguientes horas las pasé bastante ocupado forjando planes… para llegar a la conclusión de que lo mejor sería esperar a que las circunstancias me dictaran la línea a seguir.

Reí un poco al pensar en lo fácilmente que había podido introducirme en el centro de investigación espacial norteamericano. Los demás lugares de estudios y experimentación no eran sino filiales del establecido en "Jarvis Island…" aunque ellos mismos no lo supieran.

Por fin consideré llegado el momento de descender. Restablecí la comunicación con Seaborg.

—"Prometeo" al habla. ¿Estás a la escucha, "Pandora"?

—Te escucho, "Prometeo"; ¿qué ocurre, Gene? —preguntó instantáneamente la voz de Theo Gilbert.

—Dile al jefe si ya puedo bajar.

—Un momento —escuché varias voces, captando algo de lo que se hablaba entre ellas. Por fin—: Sí, puedes hacerlo. Dentro de dos minutos y veintiséis segundos estarás en la posición ideal.

—De acuerdo. Corto.

Esperé con la mirada fija en el segundero del reloj del cuadro de instrumentos, mientras hacía voltear la cabina hasta situarla en dirección contraria al sentido de su marcha, a fin de que al poner en marcha los motores situados a popa, frenasen la velocidad orbital haciendo caer al "Prometeo" hacia la Tierra. Este volteo se lograba por medio de giróscopos.

Finalmente di gas. Un segundo me sentí poseído por el pánico, al igual que poco antes del despegue, creyendo que no funcionaría el motor, hasta que sentí que mi espalda se hundía en el mullido sillón.

Ya podía considerarme de regreso. El resto fue relativamente sencillo. El "Prometeo" era en realidad un avión cohete, capaz de planear durante miles y miles de kilómetros supuesto que empezara a hacerlo desde una altura adecuada, Una serie de sucesivas zambullidas en las capas superiores de la atmósfera, logrando cada vez mayor profundidad, fueron disminuyendo la velocidad hasta que pude descorrer los paneles metálicos protectores de los tragaluces.

La luz del sol penetró en la cabina, permitiéndome ver al mismo

tiempo las estrellas en un firmamento completamente negro pese a ser pleno día. Este espectáculo no me era dado presenciarlo mientras estaba en órbita ni cruzando las capas de aire a velocidades considerables por el peligro de que el plástico transparente se fundiera con el calor.

Pero ahora necesitaba ver dónde "ponía los pies" al aterrizar.

Desde la altura a que estaba ahora me era posible ver la costa oriental de África. Un poco lejos había caído.

Puse en marcha nuevamente los motores, tomando altura. El combustible era más bien escaso, pero bastaría para los quince mil kilómetros aunque llegara al suelo sin gota en los depósitos.

El aire era tan ligero que apenas ofrecía resistencia, permitiendo a los motores desarrollar toda su potencia cuando los ponía en funcionamiento. Pasé por encima de Sumatra a más de trescientos kilómetros de altura todavía… El llevar abiertos los tragaluces aquí podía ser peligroso aún. Había calculado mal, posiblemente por la excitación de saber ya… de estar en posesión de todos mis recuerdos…

—Eso no está bien en ti, Helia —me dije—. Un oficial del Servicio de Seguridad "no puede" dejarse llevar por los nervios. Borneo… Célebes… ya aparecía, un poco a mi derecha, la fantástica figura de dragón de Nueva Guinea… Luego el mar por debajo de mí, interrumpido solamente por los atolones de Melanesia y Micronesia, pequeñísimas manchas en medio de aquella inmensidad. Las islas Gilbert… Phoenix. Pasé exactamente por encima de la isla de Baker, convertido en un avión cualquiera.

¡"Jarvis" a la vista!

El "Prometeo", y yo con él, se zambulló en el mar en impresionante chapuzón. Como un plomo nos fuimos hacia el fondo hasta que largué la "pelota".

La "pelota" era un enorme globo plegado en la proa, que se hinchaba con hidrógeno, impidiendo no sólo que nos hundiéramos a más de veinte metros, sino que sobresalía por encima de las olas y a veces llegaba a elevar el aparato hasta permitirme ver fuera del agua… aunque inmediatamente se hundía otra vez. No tenía bastante potencia para elevar en el aire el pesado armatoste.

Una lancha motora se destacó de la isla. Sus tripulantes sujetaron un cable al del globo, deshinchado éste, y el "Prometeo" se encaminó hacia casa definitivamente, haciendo el último trecho de camino saltando sobre las olas. Poco después quedaba varado sobre la arena en el pequeñísimo puerto natural de la isla.

Seaborg esperaba mi salida de la cabina con la misma ansiedad que si fuera el primer vuelo que realizábamos.

—¿Cómo te ha ido, hijo? —asomó las narices antes de que yo tuviera tiempo de desatarme.

—Bien, ya lo ve. Estos cacharros son infinitamente mejores que los de una sola plaza que hemos tenido hasta ahora.

Esto le hizo sentirse tan orgulloso como si lo hubiera construido él mismo con sus propias manos. Su pecho se infló hasta hacerme temer que saltarían los botones de la guerrera.

Me deslicé por la estrecha portezuela… y el viaje había terminado.

* * *

Mis planes habían cambiado. Mejor dicho, los planes de Gene Burton no me interesaban en absoluto y yo tenía forjados los míos propios.

Con respecto a Olivia. Posiblemente una especie de atavismo, recuerdo de la personalidad del terrestre, había quedado conmigo al moldear mi cuerpo hasta convertirlo en una réplica exacta… mejorada según los cánones de este planeta, del joven capitán que quedaba destruido en el proceso. Este instinto me hacía sentir la misma antipatía por Millikan que la que sintiera el hombre en cuyo sosia me había convertido. Peor aún, puesto que yo no tenía por qué sentirme obligado por freno moral alguno.

Al fin, ¿qué eran sino extraños a mí, seres semisalvajes, a los que había que contener en sus impulsos de expansión por el Cosmos? No teníamos nada en común sino la forma externa, que no era la mía original. Para mí eran menos que los insectos que ellos se complacían en destruir porque les parecían peligrosos y repugnantes.

Mi misión consistía en obligarles a permanecer en su planeta nativo como en una cárcel dentro del ancho Universo… impedirles que salieran de su Sistema Solar, expandiéndose como antes lo hiciéramos nosotros.

Los motivos: No me importaban, aunque los sabia, Yo había recibido instrucciones y mi deber era cumplirlas sin pensar en el porqué de ellas.

Haría, pues, cuanto estuviese en mis manos por atraerme a la muchacha. Luego… No me desagradaba la idea de unirme a ella de un modo permanente, al estilo de este planeta, puesto que me era imposible recuperar mi constitución física original: revertir la operación llevaba consigo la muerte.

Con esta idea fija en la mente, me presenté aquella noche en la «cantina». En realidad era algo más que lo que daba a entender su denominación: un verdadero «nigth-club» sin números artísticos, salvo los que interpretaba algún voluntario de la propia dotación de la isla.

Esta noche no había nadie que se hubiese ofrecido para divertir a los asistentes.

Apenas transpuesta la puerta de entrada, corrieron hacia mí Ernie Keith, Theo y Homer, seguidos a cierta distancia por Joe Millikan. Los tres primeros me estrujaron a abrazos, felicitándome ruidosamente. Joe lo hizo más, calmosamente cuando los otros me hubieron dejado en paz.

—Ha sido un vuelo magnífico, Gene. Te lo aseguro.

—No veo que tenga nada de particular. Todos lo hemos hecho otras veces.

—Era un aparato nuevo y sin probar aún. Nadie podía saber, cómo respondería.

—Bien, como pudisteis ver. Es mucho mejor que los viejos.

—Voy a decirle al "Ogro" que me apunte para la próxima vez —dijo Keith—. Tengo entendido que esta vez me tocaba a mí, y por esa maldita indigestión…

—Así aprenderás a ser más moderado —Gilbert le aplicó un fingido puñetazo en las costillas.

Los muchachos se separaron de mí, quedándose únicamente el mayor Homer, quien mostraba una expresión preocupada cuando me volví hacia él.

—¿Qué le ocurre, Doc?

—Me tienes intranquilo, muchacho.

—¿Por qué? ¿Por el extraño funcionamiento de mi corazón? No le preocupe si eso sirve para darme más resistencia. El Proyecto lo gana.

—No. No es eso ahora. Es la forma en que has mirado a Joe Millikan cuando se marchaba.

—Ya sabe que no nos llevamos demasiado bien.

—Olivia… Llegué a hacerme ilusiones de que la hubieras olvidado.

—Ocurrió, durante algún tiempo. Justo el que tardé en verla de nuevo.

—No quisiera que las cosas llegaran más lejos que hasta ahora, entre tú y Joe. Es un buen muchacho… y a ti te estimo de veras.

—Gracias —repuse con sequedad—. Creo que eso es asunto mío… y que lo he de resolver yo mismo. Si no quiere gresca que se aparte del

camino de los que valen más que él.

—Hay algo más que las facultades físicas… —empezó el hombre. Pero yo le dejé con la palabra en la boca para dirigirme en derechura hacia un grupo de muchachas que acababan de entrar.

Olivia estaba entre ellas.

Su dorada cabeza destacaba ligeramente por sobre las de sus compañeras, y sin vacilar la tomé familiarmente del brazo.

—¿Bailamos?

Se sorprendió un poco ante semejante brusquedad. Millikan que llegaba desde otra dirección con mis mismas intenciones, tuvo que desviarse hacia otra de las chicas, una morena no exenta de gracias, llamada Anne.

Esto decidió a Olivia.

—Está bien, Gene. Como quieras.

La hice dar vueltas incansablemente por el despejado local. Una, dos, tres piezas seguidas. La música cesó unos instantes y Millikan volvió a la carga.

—¿Puedo contar contigo para el próximo baile, Olivia? —preguntó a la muchacha.

Ella iba a contestar afirmativamente. Lo sé. Pero yo no se lo permití.

—¿No ves que está conmigo, entrometido? —dije, fingiéndome colérico—. Cuando yo la deje bailarás tú con ella. Cerró los puños, y por un momento creí que iba a precipitarse sobre mí. Era lo que buscaba. Pero la prudencia pudo más que la ira y se retiró.

Al reanudarse la música continuamos dando vueltas. Olivia estaba más seria que antes.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté solícitamente.

—Nada —repuso con sequedad.

—No te creo Olivia. ¿Es por lo que le he dicho a Joe?

Ella afirmó con la cabeza.

—Ya que lo has adivinado… sí. No me gusta el tono en que le has dicho que ya bailaría conmigo cuando tú me dejaras.

—Perdona… Pero eso mismo es lo que haré.

—Te advierto que en mí no manda nadie… ni siquiera tú, aunque creas lo contrario.

—Prueba a separarte de mí —amenacé—. Estoy dispuesto a lo que sea para terminar con esta situación.

—No te reconozco, Gene—afirmó sinceramente sorprendida de

aquel tono inusitado en mí—. Y te puedo asegurar que esos modales no sirven para lograr las simpatías de una mujer… Al menos, las de Olivia Stanley.

Pero fuese por miedo al escándalo que me veía dispuesto a organizar, o por cualquier otro motivo, continuó bailando durante un buen rato.

Millikan, desde la barra, nos miraba mordiéndose literalmente los puños.

Por fin ella dio un suspiro y me miró suplicante.

—¡Por favor, Gene! ¡Descansemos un poco!

—Como quieras —condescendí magnánimamente.

La dejé con sus amigas, sabiendo lo que iba a suceder a continuación, y en lugar de reunirme con Keith y Gilbert me senté a la mesa que ocupaba Homer, solo.

—Malo… malo —movió la cabeza el médico—. Así no creo que vayas a ninguna parte con la chica.

—¿Por qué lo dice? —me hice el sorprendido.

—Todo el mundo se ha dado cuenta de lo que has hecho, Gene. Eso no está bien.

—¿Y qué? —me serví de la botella que tenía sobre la mesa—. Alguna vez hay que empezar a mostrarse como se es.

—Creo que el “shock” te ha afectado más de lo que parece a primera vista. Tu carácter ya no es el mismo.

Temí que empezara a averiguar demasiadas cosas. Ya era malo que hubiera descubierto que de la noche a la mañana me había convertido en un ser muy superior físicamente al que era antes.

Habrá que vigilarle, pensé. Y si trata de ahondar demasiado en lo que no le importa…

Las cosas empezaban a desarrollarse como yo había planeado. Aparté mi atención de Homer para fijarla en Millikan, que, apurando la copa que tenía al lado, avanzaba hacia donde estaba Olivia.

No se precisaba ser un lince para deducir lo que ocurría entre ellos. Millikan se inclinó al oído de Olivia, mirándome de reojo al tiempo que pronunciaba unas palabras. Ella vaciló un segundo y, finalmente, movió la cabeza en sentido negativo, al tiempo que dirigía la vista hacia mí.

Joe insistió, mostrándose algo excitado. Casi podía adivinar sus palabras: ¡Estaba harto de aquella situación y acabaría echándolo todo a rodar!

Durante unos minutos discutieron algo acaloradamente, Ella se

levantó para mejor responderle, y entonces Millikan la cogió sin demasiada suavidad, pasándole un brazo por la cintura. Olivia trató de resistirse, pero comprendiendo que el teniente no la soltaría con demasiada facilidad, optó por ceder. Sus ojos se clavaron en mí, suplicantes.

Sonreí irónicamente. La cosa marchaba.

Con deliberada lentitud me puse en pie. Homer trató de retenerme pero de un brusco tirón liberé mi mano.

—¡Cuidado con lo que haces, muchacho! —advirtió el mayor.

—No se preocupe, Doc. No pienso matarle. Si acaso tendrá usted un poco de trabajo.

Ernie Keith también se había percatado de lo que pasaba. Dejando a Theo caminó hacia la pareja.

Yo llegué el primero.

—¿Me permites, Joe? —pregunté con suave amabilidad.

Y de un fuerte empujón le aparté trompicando de Olivia, antes de que tuviera tiempo de responder.

Hice ademán de seguir el baile con ella, pero la muchacha se apartó con los ojos llameantes.

—¡Bruto! —me escupió—. ¿Quien te has creído que eres?

—¡Apártate, Olivia! —silbó el indignado Millikan lanzándose a la carga.

Yo me volví, recibiendo en un hombro el directo que iba destinado a la mandíbula. Mí brazo derecho se disparó con la velocidad de una bala hasta estrellarse en el estómago del teniente.

El pobre muchacho quedó encogido, boqueando en un intento de recuperar el aire que le faltaba en los pulmones.

—¿Eso es todo lo que puedes resistir, gallito? —pregunté— ¡Vaya hombres que tenemos por aquí! ¿Y tú has sido seleccionado para este trabajo?

Mis palabras le galvanizaron… que era lo que yo buscaba. Con un rugido volvió a erguirse, y sus puños golpearon con terrible velocidad y fuerza, sin apenas hacer mella en mí, que esquivaba fácilmente. De vez en cuando le largaba algún golpe no demasiado fuerte.

—No sabes boxear, Joe —sonreí, enseñándole los dientes—. Te falta mucho por aprender aún.

Pero yo mismo había olvidado que un mal boxeador puede acertar por casualidad, sobre todo si no se le castiga demasiado para obligarle a ser prudente. Sin saber cómo, me encontré con una ceja partida.

El dolor me enfureció, olvidando que mis propósitos eran únicamente jugar con él. Un fulminante “uppercut”, matemáticamente dirigido al mentón del muchacho, me hizo temer que le había quebrado las vértebras cervicales.

Millikan quedó tendido en el suelo, inmóvil.

Sentí un poco de lástima por él, pero solamente fue un segundo. El escozor que me producía en el ojo la sangre procedente de la herida en la ceja, era demasiado irritante para que me dejara llevar por simpatías. ¡Aún le había hecho poco!

—No está bien eso, Gene —afirmó Keith con el rostro colorado por la indignación—. El pobre Joe no se había metido contigo.

—¿Ah, no? —repliqué, tratando de contener la hemorragia con un pañuelo—. ¿Y a ti qué te importa?

—Nada, es cierto —asintió—. Pero tampoco hay nada que me impida pensar que es una cochinada… y decirlo.

Dio media vuelta, pero yo ya estaba embalado. Sin soltar el pañuelo le eché la mano al hombro, obligándole a girar nuevamente. Una gran mancha roja quedó sobre su camisa.

Estaba pálido de cólera. Pero antes de que tuviera tiempo de decir una sola palabra ya estaba haciendo compañía al teniente. Mis puños eran demasiado duros para estos débiles terrestres.

—Ven conmigo, muchacho —Homer me tomó del brazo, y sin decir palabra me llevó al botiquín, colocándome un esparadrapo sobre el corte en la frente. Cuando yo salía, varios hombres llegaban con los desmayados cuerpos de Millikan y Keith.

Entre Homer y yo no se había cruzado una sola palabra.

Theo Gilbert esperaba fuera, fumando un cigarrillo. Tomé otro de su paquete, aunque encontraba repulsiva aquella costumbre, y lo encendí. Gene Burton también fumaba.

Caminamos en silencio un buen rato. Yo fui el primero en romperlo.

—¿No dices nada, Gil?

—¿Para qué? Ya sabes lo que pienso, ¿no?

—Sí —dije al cabo de unos instantes—. He hecho el asno. Pero me gustaría que me lo dijeras tú.

—¿Para que me envíes también a que me repare el matasanos? No, gracias.

—Sabes que contigo no lo haría, Gil. Creo que somos bastante amigos.—Tal vez tengas razón. Y ya que me lo pides, te diré que no me ha gustado nada tu actuación de esta noche. ¿Qué te ocurrió?

—No lo sé —mentí—. Es posible que me esté cansando ya de esta situación tan ambigua. Olivia no se decide.

Me miró de un modo extraño, que solamente algún tiempo después pude comprender lo que significaba.

—Mañana pienso salir a bucear un rato. ¿Vienes conmigo?—propuso—. Quizá te sirva para calmar los nervios.

—De acuerdo. A las seis en el embarcadero. ¿Llevarás tú los equipos?

—Allí nos veremos.

CAPITULO IV

NO me fui a dormir inmediatamente, como hubiera sido lo lógico. En mi habitación me entretuve cerca de una hora escribiendo.

Desde luego que nadie hubiera podido suponer que escribía algo inteligible. Al terminar, la hoja de papel estaba cubierta de unos garabatos semejantes a monigotes dibujados por un chiquillo, sin orden ni concierto aparente.

Luego volví a salir. Delab y Khune recibirían sus instrucciones, enterándose así de que Helia-Bih estaba entre ellos. Pero no me convenía que supieran bajo qué personalidad, ya que eran demasiado poco inteligentes para evitar algún gesto respetuoso si llegaban a identificarme, lo cual podría poner en peligro toda la operación.

Ya tranquilo, sabiendo que mis subordinados recibirían el mensaje al ponerse al trabajo, me metí en la cama.

Pero tampoco me dormí inmediatamente. Había jugado una de mis bazas, creando un ambiente de hostilidad entre el grupo de pilotos.

¿Cómo lo tomaría Seaborg? No era fácil que me castigara, aunque esperaba una buena amonestación de él, lo que no me impediría seguir adelante hasta hundir la “Base Jarvis”, desacreditándola.

Minutos antes de las seis ya me encontraba en el lugar de la cita. Apenas una ligerísima claridad asomaba por oriente, indicadora de que no tardaría en amanecer.

Gilbert apareció momentos más tarde, casi a la hora en punto, cargado con los trajes de caucho y depósitos de aire.

—¿Dónde vas con todo eso? —pregunté extrañado—. ¿Tienes miedo de helarte?

—No —sonrió alegremente—. Quiero que exploremos una depresión bajo el acantilado, que tiene más de cincuenta brazas. El agua, a esa profundidad, está allí terriblemente fría.

Tomamos uno de los botes, y mientras uno pilotaba hasta el lugar indicado, el otro se introducía dentro del engorroso traje flexible. Al llegar allí ya estábamos equipados los dos.

El agua estaba sumamente tranquila, sin más oleaje que el ligerísimo que se rompía contra la rocosa pared del acantilado. Gil fue el primero en saltar.

Yo me quedé viéndole desaparecer, y durante un buen rato pude seguir sus evoluciones. No trató de profundizar demasiado la primera vez, y minutos más tarde volvía a reunirse conmigo.

Con los ojos fijos en la cambiante figura que se deslizaba por las profundidades, yo había estado planeando… Era una magnífica ocasión para deshacerme de él. Privar a la "Base" de uno de sus pilotos, y con otro dispuesto a sabotear todo lo posible, la tarea se simplificaría bastante. Desde luego que podrían traer otros por docenas. Pero para prepararlos debidamente se necesitarían meses, quizá años…

Esta táctica estaba dando resultados inmejorables en la Unión Soviética, donde se encontraban con el acuciante problema de la carencia de pilotos aptos para el vuelo espacial… sin contar con el inteligente sabotaje que estaban llevando a cabo allí mis hombres en el aspecto técnico, lo cual hacía cada vez más peligroso el aventurarse hacia el exterior.

Magníficos vehículos lanzadores, que hasta poco antes habían estado colocando en órbita y enviando aparatos a las órbitas de Marte y Venus, comenzaban a fallar, dando peores resultados a cada nuevo perfeccionamiento que se introducía en ellos. La carrera por la conquista del espacio retrocedía en lugar de avanzar.

—¿Bajamos, Gene? —preguntó Theo, luego de descansar unos instantes.

—¿Qué equipo llevamos?

—Toma un arpón de mano. Es posible que allá abajo tengamos ocasión de cazar algún calamar de buen tamaño.

Lanzamos al agua un cable lastrado para deslizarse por él, y emprendimos el descenso.

Yo seguía pensando en el mejor procedimiento de eliminar a mi "amigo".

Un arponazo sería efectivo, pero tenía el inconveniente de que encontrarían el cadáver con una herida inconfundible. Cortarle el tubo de aire… Lo mismo.

Poco a poco iba desapareciendo la luz. Descendíamos lentamente

para impedir la peligrosa compresión repentina. ¡Si encontrase la forma de hacerle bajar de golpe hasta el fondo!

De pronto mi compañero señaló hacia una de las paredes casi verticales de la especie de amplio pozo por que descendíamos, y seguidamente se lanzó hacia allí con el arpón enristrado.

Me era difícil ver lo que le había llamado la atención, pero le seguí. Solamente cuando estábamos casi encima pude ver al colosal octópodo que salía por una grieta inverosímilmente estrecha para su tamaño.

El animal no nos había visto o le tenía sin cuidado nuestra presencia, porque empezó a caer hacia el oscuro fondo.

Simultáneamente, Theo y yo avanzamos; los dos arpones se hundieron profundamente en la carnosa cabeza, e inmediatamente nos vimos envueltos en la negra nube de tinta desprendida por el sorprendido monstruo. Uno de los dos largos tentáculos me golpeó en una pierna sin lograr hacer presa.

Retrocedí, soltando el arma. El cable que la sujetaba a mi cintura se desplegó en toda su longitud, tirando de mí hacia abajo algunos metros.

Luego quedé inmóvil, sujeto por aquella amarra.

Theo Gilbert no aparecía por parte alguna;

Me dije que aquello era precisamente lo que yo había ido buscando. Con toda seguridad que el calamar tuvo más suerte con él que conmigo, y ahora le mantenía abrazado entre los ocho tentáculos más cortos, esperando que uno de los dos muriera para decidir quién había ganado la batalla.

Sujeté el cable del arpón al del lastre para gozar de mayor libertad de movimientos. Me dije que tal vez fuera conveniente echar un vistazo… y ayudar a la bestia, si es que necesitaba ayuda. Después de todo debía estarle agradecido por facilitarme la tarea.

Asegurándome de que el largo cuchillo salía fácilmente de su vaina, seguí el delgado sedal de nylon. Era posible, incluso, que de Gil no quedase otra cosa que el arpón en estos momentos. El calamar me había parecido, en los pocos segundos que le vi, lo bastante grande para tragarle entero.

Se trataba de un monstruo en cuya existencia creía poca gente: un “kraken” que, según las leyendas de viajeros, podía alcanzar tamaños semejantes al de una ballena. Yo no terminaba de convencerme de que esto fuera verdad, pero sí había visto con mis propios ojos… y volvía a ver en estos momentos, algo que tal vez pesara quinientos kilos. Debía ser viejísimo.

El “kraken” no habría sido capaz desde luego de engullir a uno de los grandes cetáceos… no, al menos, éste que se agarraba a un resbaladizo peñasco, resistiendo la tensión del cable de mi arpón. Pero sí de dar cuénta de un hombre adulto.

Con un tentáculo de los más largos, que tal vez mediría cuatro metros de longitud, sujetaba a Gilbert por un brazo. De vez en cuando se le escapaban ligerísimas nubes de tinta que no bastaban para enturbiar la escena.

Debía estar mortalmente herido.

Extrayendo el afilado cuchillo de su vaina, me aproximé. La otra extremidad semejante a la que aprisionaba a Theo se agitó en el agua, Pero estaba cortada casi en cercén, y una porción de cerca de un metro colgaba sin vida en su extremo. No podía alcanzarme.

Y los ocho brazos más pequeños estaban demasiado ocupados para llegar hasta mí… además de que eran demasiado cortos. De un tajo rebané el que ataba a Theo, y abrazándole con las piernas me aparté de allí todo lo rápidamente que me fue posible.

Gilbert estaba en situación apurada… si es que vivía aún. Seguramente algún golpe contra las rocas durante el descenso había arrancado casi de cuajo el tubo respiratorio en su unión con los depósitos de aire. El precioso gas escapaba en enormes burbujas, pero posiblemente poco o ninguno llegaba a los pulmones del muchacho.

Como pude traté de restablecer el tubo en su lugar, lográndolo sólo en parte. Sin acordarme para nada de que la descompresión rápida podía llenarnos la sangre de las temidas burbujas de nitrógeno, de tan terribles efectos que uno de los menores males que podían producir, en caso de presentarse, era la parálisis de algún miembro, tiré hacia arriba, elevándome y llevando conmigo al fláccido cuerpo de Gilbert.

En cuestión de minutos estuvimos arriba. Muy pocos, teniendo en cuenta las precauciones que lógicamente cabía adoptar. No me entretuve en comprobar el estado de mi compañero. Simplemente liberé su cabeza del ceñido casco para que pudiera respirar oxígeno atmosférico… si era capaz de hacerlo aún. y colocándole boca abajo para que escupiera el agua que llevaba dentro del cuerpo, puse la máquina a todo gas, encaminándome hacia la caleta que nos servía de puerto.

Tuve que llevar a hombros al desvanecido Gilbert hasta el botiquín del mayor Homer. Y solamente cuando me estaba despojando del traje de bucear, caí en la cuenta de la estupidez que había cometido.

¡En lugar de dejar a Theo Gilbert en manos de su destino, había hecho todo lo posible por salvarle la vida… lográndolo posiblemente!

Hubiera sido sencillísimo, y nadie me hubiera reprochado cosa alguna, el dejar caer al fondo el cable de mi arpón… o permitir que el aire siguiera escapándose por la destrozada tubería; o perder el cuchillo, lo que me hubiera imposibilitado para liberarle.

Pero no. Simplemente hice todo lo contrario de lo que me dictaba mi deber.

¿Por qué?

No cabía otra explicación sino que la personalidad de Gene Burton me había dominado en aquellos instantes de excitación. Pero ¿era posible esto? Gene Burton estaba muerto. Yo era otro ser totalmente distinto a él, de quien únicamente conservaba los recuerdos para arrancarle los cuales había sido preciso privarle de la vida.

—Has hecho un buen trabajo, Gene —Homer se asomó desde su consultorio—. Creo que podremos salvarle.

—Me alegro —dije. Sin embargo, no sentía placer alguno.

El “Ogro” me llamó a su despacho aquella misma mañana.

—¿Qué ocurrió anoche? —me preguntó sin siquiera contestar a mi saludo.

—Si lo sabe ya, señor, ¿para qué voy a repetírselo? No creo que quepa lugar a disculparme…

Me miró en forma extraña, como si aquella contestación no fuese la que esperaba.

—Tienes razón —admitió—. Y comprenderás que no me hace ninguna gracia. ¿Qué crees que puedo hacer contigo?

—Supongo que castigarme según mandan las ordenanzas.

—Sí… Eso debiera hacer. Sin embargo, por esta vez lo dejaré pasar, ya que en los demás órdenes estoy plenamente satisfecho contigo. Además, está lo de haber salvado la vida a Gilbert.

—No tiene demasiada importancia, creo yo. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

—Está bien. Dejemos eso, y una cosa por la otra. ¡Pero que no se repita lo de anoche! Hasta ahora mi equipo ha estado muy unido, y lamentaría que empezara a resquebrajarse.

—Haré lo posible porque no ocurra así, señor. Lo prometo.

¿Qué remedio me quedaba? Luego yo haría lo que me conviniese.

Hice ademán de retirarme, creyendo que la entrevista había

terminado, pero Seaborg me retuvo con un gesto.

—Aguarda un momento…

—¿Desea algo más, señor? —pregunté. ¿Por dónde saldría ahora?

—Sí. Preguntarte una cosa: Tú que has probado la nueva cabina, ¿crees que funciona bien?

—A la perfección. Sin embargo, nunca puede saberse con esos artefactos nuevos… Pueden fallar cuando menos se piensa.

—Mañana realizaremos otro lanzamiento… con dos hombres. Había pensado en ti y Theo, pero no va a poder ser. Me has creado un problema.

—¿Otro? No veo por qué no puede acompañarme uno de los otros.

Sí lo veía, y la combinación me había salido bien, aunque solamente fuera por casualidad. Gilbert estaba fuera de combate para una temporada.

—¿Crees que estoy loco para encerrarte con uno de los otros dos que quedan disponibles? Acabaríais matándoos el uno al otro..

No contesté. Ya sabía que era así.

—Lanzaremos a Millikan y Keith. El programa será el mismo que contigo.

—Me parece bien.

—Seguidamente saldrá otra nave… hacia Marte.

—¿Marte? —pregunté, no pudiendo ocultar mi asombro—.. ¿Y enseguida de lanzar a Keith y Millikan?

—En cuanto estén en órbita, aproximadamente.

—Pero… ¡yo creí que el primer paso, antes de intentar la llegada a Marte, era poner pie en la Luna!

—Han cambiado las órdenes; parece ser que lo que se intenta es realizar una serie de lanzamientos para comprobar la exactitud de los instrumentos, colocando varias naves.., no sé cuántas con exactitud, en órbita alrededor de Marte. Luego enviaremos una nave con dos hombres.

—No soy quién para discutirlo, pero… ¿cuánto tiempo piensan tardar en cubrir la última etapa, el envío de las cápsulas tripuladas?

—Un mes… a lo sumo dos. Hay que correr. En los proyectiles de prueba irán abastecimientos para la estancia y regreso. Si en la comprobación de trayectorias logramos garantizar la llegada de suficientes naves de carga, tal vez enviemos más de los dos hombres que te he dicho.

—Es mucho correr, creo yo.

El general estaba preocupado. No cabía otra explicación a la súbita hambre de hacer confidencias que se había despertado en él. Continuó:

—Yo también pienso así. Pero parece ser que alguien nos ha estado haciendo demasiada propaganda, al tiempo que se despertaba un repentino pánico por si alguien se nos adelantaba.

—Traerán más gente, a no dudarlo… Técnicos, pilotos…

—Sí. Y las visitas de los submarinos de carga serán diarias en lugar de lo espaciadas que eran hasta ahora. ¡Se nos acabó la tranquilidad!

—¡Pero, Marte! ¡Está muy lejos, señor! ¿Por qué se les habrá ocurrido despreciar a la Luna, con lo sencillo que nos sería alcanzarla?

—Misterios de las altas esferas; aunque yo estoy convencido de que, cuando llegue el momento de salir hacia Marte, nos ordenarán que otra expedición lo haga en dirección a la Luna. ¡No me negarás que sería un doble golpe de mucho efecto!

—Si no ocurre algo que lo convierte en un espantoso ridículo para nosotros…

Salí de allí restregándome mentalmente las manos. ¡Ahora todo consistía en coordinar bien mis próximos movimientos, y la cosa resultaría sencillísima!

CAPITULO V

DENTRO del clásico “bunker” de espesas paredes de cemento armado, inevitable en cualquier polígono de pruebas de proyectiles dirigidos y cohetes, aguardaba el momento en que saliesen disparados hacia los espacios los dos viajeros a quienes había correspondido hoy en suerte.

Keith y Millikan estaban aún allí dentro con nosotros, y se les veía alegres y despreocupados, con los pesados equipos de vuelo a medio ajustar. Reían continuamente.

El circuito cerrado de televisión ya funcionaba, permitiendo ver el ejército de “Prometheus” que esperaban el momento de lanzarse hacia los espacios. En primer término el que ocuparían mis dos “compañeros”.

Teníamos dispuestos para el lanzamiento inmediato media docena de aparatos, unos con el combustible de baja potencia, para conos tripulados; otros, capaces de enormes aceleraciones y, por tanto, de mayor alcance. Estos últimos eran los que podían alcanzar Marte con relativa facilidad. ¿Cómo pensarían utilizarlos para que no matasen a los hombres que fueran en ellos?

El único método factible que se me ocurría era el del transbordo en órbita alrededor de la Tierra. Muy raro, pues se necesitaban dos aparatos para ello, y poco seguro por la dificultad de unir ambas naves en las alturas.

Dentro de pocos días empezarían a llegar nuevos cohetes para reponer los que fuéramos enviando. Desde luego que los que teníamos como dotación normal podían lanzarse una y otra vez, ya que los recuperábamos luego de haber caído al mar. Pero alguna vez se perdía o estropeaba alguna de las secciones. Y las cápsulas regresaban casi siempre.

Los dos astronautas se despidieron de todo el mundo, menos de mí. Era natural, y yo tampoco hice nada por acercarme a ellos. Minutos después estaban encerrados en su pequeña prisión metálica y era

retirada la torre, deslizándose sobre sus carriles.

Ahora a esperar que Delab y Khune hubieran cumplido mis instrucciones.

—Parece que funciona perfectamente —observó Seaborg, aproximándoseme cuando acababa de entrar en acción la tercera fase del proyectil.

La tensión de nervios que siempre le dominaba parecía estar cediendo algo.

—Son estupendos estos aparatos. Y lo mejor que tienen —repuse yo — es este nuevo tipo de combustible, tan seguro como lo es la gasolina en un automóvil. Resulta casi imposible un accidente por explosión.

—Y que puede almacenarse en grandes cantidades sin recurrir al engorroso y molesto procedimiento de la refrigeración como con el oxígeno líquido —asintió el general—. Si seguimos adelantando a este paso, dentro de poco el Sistema Solar será nuestro… ¡Y entonces, las estrellas!

¡Eso crees tú!, pensé. Pero en voz alta dije todo lo contrarío, fingiendo gran entusiasmo.

—¡Será algo estupendo, señor! ¡No desespero de pasar unas vacaciones en Plutón dentro de algunos años!

—¡Se acerca la hora, general! ¿Podemos empezar los preparativos? —preguntó uno de los técnicos, interrumpiendo nuestra conversación.

—Hacedlo. Esto no tiene casi importancia ya.

Reventaba literalmente de satisfacción… ¡Si hubiera sabido que Aster-Soh tenía órdenes mías de destruir cuantas naves llegasen a situarse alrededor de Marte…!

La noche anterior hice un uso intensivo del pequeñísimo emisor facilitado por Delab y Khune, coordinando la actuación de toda mi gente.

El carguero salió disparado hacia los cielos, a fantástica velocidad. Diez minutos más tarde se había establecido en una órbita de “transferencia” que cruzaría la de Marte en el instante preciso en que coincidiera con el rojo planeta… pero tres meses más tarde.

Posiblemente las altas esferas trataban de aprovechar la próxima conjunción de la Tierra y Marte al mismo lado del Sol, ya que un viaje cuando el astro rey se interponía entre ambos era larguísimo. Y la ocasión se presentaba únicamente cada dos años.

Dejar pasar dos años más era arriesgarse demasiado… sobre todo ignorando, como ignoraban, la apurada situación de sus rivales en el

resto del mundo. Ninguno de todos llegaría a Marte si yo no lo permitía… ¡Y no pensaba permitirlo!

—Dentro de seis horas bajarán los muchachos —comentó Seaborg cuando nos retirábamos.

La torre auxiliar estaba arrimada a un tercer proyectil, también destinado a Marte. Saldría dentro de veinticuatro horas, y en aquel momento varios hombres trataban de acoplar en su sitio el último piso, el que se pretendía que hiciera el viaje.

No tenía gran cosa que hacer. Así que, luego de una protocolaria visita a Theo Gilbert, y buscar en vano a Olivia Stanley, me recluí en mi habitación, tratando de leer un libro.

No resultaba fácil concentrarse, teniendo la preocupación de si saldría bien el trabajo de Khune y Delab, mis dos técnicos infiltrados en la Base. Además, me resultaba muy duro pensar que iban a perder la vida dos seres que nada me habían hecho… y ni siquiera lograba eliminar esta idea diciéndome que, en fin de cuentas, se trataba únicamente de seres inferiores que nada contaban para mí.

Salí apenas unos minutos, los justos para comer un par de emparedados en la cantina. Abe Trenton quiso hacerme compañía, pero un irritado bufido le obligó a mantener las distancias. Conocía bien el carácter de Gene Burton… que hasta cierto punto era el mío actual.

Luego volví a encerrarme en mi aposento. Era ya casi de noche cuando decidí que tal vez fuera una solución conveniente el buscar la compañía de alguien.

La cantina estaba extrañamente silenciosa pese a que habían más de veinte personas sentadas a las mesas, solas o en grupitos que hablaban en voz baja.

—¿Han regresado ya, Ken? —pregunté al barman, acodándome en la barra. No había reparado en la extraña actitud de la gente a mi alrededor… o al menos creo que lo fingí bastante bien.

El hombre me miró con extrañeza.

—Pero, ¿no lo sabe aún, señor Burton?

Me hice el sorprendido.

—¿Qué es lo que he de saber…? —de súbito me puse rígido como si se me hubiera ocurrido una idea de la catástrofe. Alargué el brazo, cogiendo a Ken por las solapas de su blanca chaqueta—. ¿Les ha ocurrido algo a Joe y Ernie?

El barman asintió con la cabeza. Tenía un nudo en la garganta que apenas le permitía hablar.

Sin pronunciar palabra, fingiendo estar anonadado, engullí de un trago el whisky que me había servido Ken, y me dejé caer en la mesa más cercana. Había que aparentar un gran dolor… y no me costaba demasiado el lograrlo.

Las lágrimas que asomaban a mis ojos no resultaron demasiado difíciles de provocar. Eran dos buenos muchachos… y ahora estaban sufriendo allá en lo alto una interminable agonía que tal vez durase un día entero; sabiendo que iban a morir irremediablemente, y no había salvación posible para ellos. Apreté los puños con rabia, hasta hacerme sangre en las palmas de las manos. Tenía la barbilla apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa, y la vista fija en la puerta de entrada.

Sin embargo, no vi llegar a Olivia, ni supe de su presencia a mi lado hasta que habló.

—¿Lo sabes ya, verdad?

—Sí, Olivia. ¡Es espantoso! ¿Qué ha ocurrido?

—El encendido de los motores no ha funcionado. Nadie sabe la causa… —sollozó—. ¡Y decíais que las nuevas cabinas eran seguras! ¡Ni siquiera pueden abrir la compuerta para tratar de hallar la avería!

—Se les encierra desde fuera para mayor seguridad, Olivia… Además, no creo que pudieran hacer nada, aún logrando salir al exterior. No disponen de herramientas… ni saben lo que ha ocurrido.

—¡Morirán allí arriba! ¡Sálvales tú, Gene!

—No puedo, Olivia. ¡Créeme que lo haría si pudiera… aunque uno de ellos sea Joe Millikan!

Ocultó el rostro entre los brazos y sus hombros se agitaron espasmódicamente con los sollozos. Se me ocurrió preguntarme si lloraría igual de ser yo el que se encontrara encerrado en un ataúd metálico a más de mil kilómetros de la superficie de la Tierra.

Quise endurecerme con este pensamiento, ya que no podía hacerlo apelando a mi sentido del deber, inútil. Quizá de ser yo únicamente el Bih Helia, hecho al frío razonar desapasionado de mi raza de origen, me habría dejado indiferente aquella desesperación, atribuyéndola a la debilidad propia de unos seres atrasados que no merecían el dominio de las estrellas. Pero aquella maldita metamorfosis sufrida no alteró solamente mi constitución física: Me dio algo de la personalidad junto con los recuerdos del capitán Burton. E involuntariamente me dejaba arrastrar por un incomprensible sentimentalismo, olvidando quién era yo en realidad.

—Le quieres a él, ¿verdad, Olivia? —pregunté, no sin cierta

amargura.

Negó débilmente.

—Lo mismo le pediría a él si fueses tú quien estuviera allí, Gene. No tengo preferencias por ninguno de los dos…

—No me mientas, Olivia. He tenido tiempo de reflexionar desde anteanoche. Él es mejor que yo.

Trató de sonreír agradecida, sin lograrlo. Pero siguió negando.

—Te equivocas —insistió—. ¡Pero sálvale!

—Me es imposible, ya te lo he dicho —sin embargo, estaba forjando un plan. Desesperado tal vez, pero la única posibilidad.

—¡Tú puedes hacerlo, lo sé muy bien! ¡Nadie sería capaz de ello, pero tú sí!

—Soy tu amigo, Olivia. Y suyo también… Ahora más que nunca. Si le amas a él estoy dispuesto a retirarme. ¡Pero dime la verdad ahora!

—¿Le salvarás? ¡Yo sé que puedes! —insistía sobre el mismo tema, como si no oyera lo que le estaba diciendo—. ¡Me casaré contigo, Gene, si lo haces!

Me levanté, fingiendo indignación.

—¡Basta ya, muchacha! —hablaba en voz baja para que los que estaban a nuestro alrededor no se percataran de lo que decíamos—. ¡Voy a subir allí arriba, y te lo traeré! ¡Pero no insistas sobre lo mismo!

—Gracias, Gene.

Se levantó a su vez, y colgándose de mi brazo salió conmigo.

Seaborg paseaba por su despacho como una fiera enjaulada cuando entramos los dos sin pedir permiso siquiera.

—¿Qué diablos te pasa a ti? —preguntó. Cualquiera hubiera creído que me culpaba a mí… en lo que habría ido demasiado descaminado.

—Voy a subir allá… para ayudar a los muchachos, señor. Le ruego que llame a Tinker para que me prepare una órbita.

—¿Estás loco? ¡Eso no puede hacerse!

—Creo que sí… con un I.

El modelo I, como creo haber dicho en otra ocasión, era el equipado con el combustible más potente.

—¡Te matarás al subir! ¡No hay nadie capaz de resistir la aceleración!

—Quizá yo pueda, señor —sonreí—. Recuerde que resisto bastante bien las altas presiones. Con el I puedo alcanzar la órbita disparando solamente dos fases. Me quedará la tercera para realizar las maniobras

de aproximación y reajuste en órbita, sin necesidad de utilizar la carga de la cabina. Creo que podré hacerlo.

Estaba estupefacto, y por un terrible minuto creí que se negaría a arriesgar otro piloto.

Finalmente dio media vuelta y pidió comunicación con Tinker, el computador de órbitas. No sé que nadie dijera nada, pero lo cierto es que toda la dotación de la Base parecía haberse concentrado en el "bunker" cuando una hora después me dispuse a encaramarme en la pequeña cápsula que coronaba el gigantesco cigarro metálico brillantemente iluminado por los reflectores.

Era la primera vez qué se realizaba una salida en plena noche, pero no se podía perder tiempo. La provisión de aire que llevaban Ernie y Millikan era limitadísima, *y* ya habían transcurrido demasiadas horas, pese a que se les había ordenado que no utilizaran los equipos de emergencia mientras pudieran resistir la viciada atmósfera de la carlinga.

Ni siquiera las prisas bastaron para suprimir la cuenta atrás de los minutos, y luego de los segundos finales. El disparo debía realizarse en el instante preciso para que ambos satélites coincidieran con relativa aproximación, saliendo yo al encuentro del de ellos cuando pasara por determinado lugar. Ello había llevado consigo el cálculo de ambas trayectorias con toda la exactitud posible… que no podía evitar un error que tal vez fuera de centenares de kilómetros.

Esto era lo que habría de corregir yo gobernando manualmente mi nave.

—… ¡Cero! Ni el sillón con todos sus amortiguadores, ni el ajustado traje surcado por conducciones de aceite para equilibrar la presión, bastaron para impedir que sintiera una agobiante sensación de ahogo y náusea mientras el cohete surcaba las capas inferiores de la atmósfera a fantástica velocidad. Seguramente que su exterior, especialmente en la parte de proa, estaría al rojo blanco.

Por fortuna fue cuestión de pocos minutos el que se vaciara de combustible la primera etapa del proyectil. Las dos últimas proporcionaban un impulso sensiblemente menor que podía tolerarse con mayor facilidad, lo que era un descanse.

Finalmente, la segunda sección se separó, y yo quedé flotando en el negro espacio, sin tener idea de mi situación con respecto a la de los dos que había venido a salvar.

—Estás en una órbita inestable—me comunicó Seaborg—. Llevas

demasiada velocidad y te encuentras a ochenta kilómetros por debajo de ellos.

—Eso quiere decir que los dejo atrás, ¿no? —repuse. Apenas quedaba tiempo, ya que únicamente desde tierra podía recibir instrucciones para la maniobra, y dentro de pocos minutos quedaría cortada la comunicación al interponerse entre la emisora de «Jai-vis» y mi receptor la colosal masa del planeta—. ¿Qué hago?

—Apunta la proa 135 grados hacia arriba —era una voz nueva, en la que pude reconocer a Tinker—. Dale gas durante dieciséis segundos.

Por medio de los giróscopos obedecí. El aparato, estorbado por la masa adicional de la tercera etapa del cohete que aún seguía adosado a su popa, no era nada fácil de gobernar. Finalmente estuve encarado hacia arriba y ligeramente atrás con respecto al sentido de mi marcha.

En un medio sin atmósfera en que apoyarse, conducir una nave no es cuestión tan sencilla como hacerlo con un avión o un barco. Cada cambio de dirección debe calcularse teniendo en cuenta que la resultante a obtener será una combinación de ella y la primitiva. Por tanto, aunque yo dirigí Un poco hacia atrás el impulso, el sentido de la marcha varió solamente en dirección a un punto intermedio, o sea, 62 grados.

Ya me encontraba aproximadamente en la órbita de los náufragos… y aislado de «Jai-vis».

Probé a tomar contacto con Millikan.

—!Te oímos perfectamente, Gene!—llegó instantánea y nítida la respuesta—. ¿Dónde estás?

—Aquí arriba. Es lo único que sé. ¿Cómo os encontráis?

—Bastante bien. Pero el aire nos durará poco ya. Estamos consumiendo las últimas reservas… Quizá nos quede para dos horas, racionándolo mucho.

—Haced lo que podáis… y transmite mientras puedas. Trataré de localizaros con el goniómetro.

Con un solo aparato receptor era imposible establecer el triángulo que permitiera calcular la distancia, Pero podía al menos calcular exactamente la dirección… y, si no estaban demasiado lejos, cazarles con el rádar.

—Esto es más complicado de lo que parece —dije al cabo de un rato de pruebas—. El radar únicamente puedo utilizarlo para saber lo que hay debajo de la panza del aparato. Para saber a qué distancia estáis he de desviarme de la recta hacia vosotros, y luego me cuesta de volver a

tomar la buena dirección.

—Nadie diseñó estos aparatos para aproximarse unos a otros en pleno espacio—trató de consolarme Kenith, pese a que era él quien se encontraba en peor situación.

Luego de muchas probaturas y rectificaciones, con el combustible de reserva agotándose a una velocidad alarmante, pude situarme a un par de centenares de metros.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté innecesariamente. Si yo, con la experiencia acumulada por mi pueblo en miles de años de navegación interestelar, no podía encontrar una solución satisfactoria, menos lo lograrían ellos.

Aquellos aparatos eran desesperadamente rudimentarios, y no estaban hechos para semejante tarea.

¡Y lo peor era que ni ellos ni yo podíamos ver directamente!

—¡Al diablo!—dije, desesperado. De un manotazo moví el resorte que descorría los paneles protectores de las lucernas y una luz deslumbradora penetró por los que miraban directamente al Sol.

Esperando aquello, yo ya había echado mano al engorroso equipo que me permitiría resistir el vacío y las bajísimas temperaturas del. exterior. De momento iba a servir para aislarme del aire supercalentado por la luz del Sol.

Un cristal azulado, que con luz normal apenas permitía la visibilidad, me protegía los ojos.

Los terrestres aún no habían logrado construir unos guantes lo suficiente buenos para que no fuera peligrosa su utilización. En lugar de ellos, unas manos artificiales, metálicas y difíciles de manejar, remataban los brazos del traje de vacío.

Ahora podía ver a la perfección el cono en que estaban encerrados Millikan y Keith, con la prolongada cola que encerraba los motores de regreso, y las enormes alas para planear en la atmósfera durante el descenso: ligerísimos toques a los mandos me llevaron hasta lo que calculé serían unos veinticinco metros de ellos.

—Preparaos, muchachos. Llega la expedición de rescate.

—Da… te pri… sa —jadeó Keith—. Joe… ape… nas… puede… resis… tir… ya.

—¿Os habéis puesto los trajes?

—Sí.

Tomé un largo cable de nylon que mediría un centenar de metros, y luego de atarlo a uno de los sillones, sujeté el otro extremo a mi cintura.

Luego procedí a abrir la compuerta.

A pesar de que esperaba la impetuosa salida del aire hacia el exterior, estuve a punto de dejarme arrastrar por el huracán causado por la diferencia de presiones entre la cabina y el casi absoluto vacío de fuera. Luego salí yo.

No llevaba retrocohetes a la espalda ni nada que se les pareciese. De un salto pasé limpiamente de una nave a otra, quedando agarrado fuertemente a la estructura de cola.

No fue muy sencillo el hacerlo, y dudo mucho que ningún terrícola, con su falta de experiencia en estos menesteres, lo hubiera logrado sin imprimir a la nave abordada un impulso giratorio con el choque, lo cual hubiera llevado a enrollar el cable que me sujetaba y aproximando entre sí a los dos satélites hasta hacerles chocar: el desastre.

Poco después había soltado el resorte que sujetaba la puerta de la nave de Millikan y Keith desde fuera. Tuve que sacarles a los dos a un tiempo, ya que se habían desvanecido, y recuperé cable hasta encontrarnos los tres en el aparato que me había traído.

El resto ya fue relativamente fácil: sustituir los agotados depósitos de aire de ambos por otros nuevos, cerrar la compuerta y desprenderme del cable que continuó sujeto a lo que había estado a punto de ser la tumba de los primeros terrícolas en el espacio.

Por fortuna me quedaba un poco de combustible de la tercera fase del cohete, lo cual me permitiría realizar la maniobra imprescindible para no entrar demasiado violentamente en las capas densas de la atmósfera con los cristales de las lucernas sin protección alguna, lo que hubiera equivalido a que se fundieran, permitiendo la entrada a un demoledor vendaval capaz de destrozar todo el interior de la cabina… incluso a nosotros.

La primera zambullida apenas me llevó a rozar las capas superiores del aire, y una vez salido de ellas agoté el combustible frenando, para largar a continuación el engorroso armatoste, ya inútil, de la tercera fase del cohete.

Por unos segundos me preocupó el que llegara a caer sobre una zona habitada.

Planeando, sin prisas por perder altura, conservándome á toda la distancia del suelo que me permitían la velocidad y sustentación de las alas, fui bajando poco a poco…

Tuve que cortar la comunicación radial con “Jarvis” porque todos querían hablar a la vez conmigo… Joe Millikan y Ernie Keith

empezaban a recuperar el sentido. La fricción ya no era demasiado peligrosa, y Ernie, siguiendo mis indicaciones, vació una botella de aire de las que llevábamos en reserva, para restablecer la presión en la cabina y poder desprendernos de las pesadas armaduras de vacío.

—Gracias, Gene —fue lo único que pudo murmurar Millikan cuando tuvo la cabeza libre del casco.

—No las des demasiado pronto —repuse, sonriéndole amistosamente —. Aún no estamos en “Jarvis”.

Pero el resto del viaje resultó sencillo… relativamente, y al cabo de tres horas desembarcábamos en la pequeña isla.

CAPITULO VI

UNA nueva estupidez mía había venido a sumarse a todas las anteriores.

¿Por qué tuve que arriesgar mi vida y el éxito de la misión que me trajo a la Tierra para salvar a dos individuos que, como mínimo, constituían un estorbo para mí?

Reclinado contra una roca, en lo alto de un risco que caía perpendicular sobre el océano, veía estrellarse a mis pies las olas, mientras más lejos la Luna hacía brillar el agua en una larga estela de luz.

—Buenas noches, capitán.

Me volví, ligeramente sorprendido. Un hombre se había aproximado, caminando silenciosamente, sobre el rocoso suelo.

—Buenas noches —contesté, aparentando indiferencia.

Se hizo un corto silencio. Yo saqué un paquete de tabaco y, luego de tomar un cigarrillo, ofrecí otro a aquel hombre.

—No, gracias. No fumo.

—Antes eras un buen fumador, Andy.

—Lo dejé… hace algún tiempo, señor. Me perjudicaba.

Nuevamente nos callamos. Yo di varias chupadas al cigarrillo, antes de que Andy Shelley volviera a tomar la palabra.

—¡Ejem…! Capitán: yo quisiera hacerle una pregunta.

—Habla.

—Verá… Como sabe, estoy a cargo de los aparatos electrónicos montados en las cápsulas. He oído decir que un fallo del sistema de encendido fue la causa del accidente que ocurrió el otro día…

—Así parece. Pero no debes preocuparte; lo más seguro es que no sea culpa tuya.

—No estoy tranquilo —insistió—. Lo que quería preguntarle es:

¿Usted no encontró nada raro al hacer funcionar los motores de la cápsula?

—En absoluto. Estaban en perfecto orden y respondieron a la primera tentativa.

Sus ojos taladraron la oscuridad en busca de mi rostro. Yo, para ayudarle, di una profunda chupada al cigarrillo creando una especie de aureola rojiza.

Dio un suspiro.

—¿Qué pretendes con ese comportamiento, Helia-Bih? —preguntó de improviso, en mi idioma nativo.

Pese a que conocía su identidad de Delab-Soh, me sorprendió que me hablara así. Especialmente el que me hubiera reconocido a mí.

—¿Qué lengua es ésa, Andy? —pregunté en inglés, fingiendo no haberle entendido. Es inútil que disimules, Helia. Solamente tú sabías que Khune y yo habíamos manipulado en el sistema de encendido, inutilizándolo.

—Soh Delab —contesté por fin, conteniendo a duras penas mi irritación—. ¿Desde cuándo un oficial de su graduación tiene atribuciones para interrogar a un Bih? Sin embargo, condescenderé por esta sola vez, satisfaciendo su curiosidad: lo hice porque tengo mis propios planes acerca de cómo se ha de llevar adelante la operación. Creo que esto es de mi única incumbencia, y vuestra sola misión consiste en obedecer órdenes… mías.

—Para mí, es traición —dijo secamente.

—Insisto en que no tienes ningún derecho a juzgar mis actos —una sorda cólera empezaba a apoderarse de mí… sobre todo porque en mi fuero interno reconocía que no le faltaba razón—. Inmediatamente llamaré a Aster-Soh para que venga a recogerte y te mantenga encerrado hasta que puedas ser entregado a quienes han de juzgar tu conducta. El atribuirme una traición te hace a ti reo de ella.

—Puedo elegir el suicidio —dijo, *sin* disimular el tono fuertemente sardónico de su voz—. No olvides que tengo derecho a ello para evadir el consejo de guerra.

—Hazlo, pues. ¡Aquí, en mi presencia!

Soltó una carcajada como única respuesta.

—Quedas relevado del mando a partir de este instante, Helia-Bih —al pronunciar estas palabras adquirió una pose de seriedad majestuosa —. Soy Delab-Tehn. ¿No te dice nada ese grado de que no tenías ni idea?

Palidecí, considerándome perdido. Un Tehn solía ser un alto oficial del Servicio Secreto Militar, infiltrado entre las tropas para vigilar el comportamiento de los jefes, manteniendo la disciplina por el miedo a la denuncia cuando aquélla podía relajarse por cualquier causa. Ello hacía que una misión se desempeñara con energía siempre, pues junto al informe del que la dirigía llegaba el del Tehn… mucho más importante que aquél. Y tenía autoridad para hacer lo que había dicho.

Me maldije por no haber pensado en esto. Lo que únicamente eran ligerísimas desviaciones, sin importancia en mi concepto, pasaban a ser algo mucho más grave.

—Supongo que me llevaréis a Marte… —un plan se estaba forjando en mi mente. Era algo desesperado, pero lo único que se me ocurría para atajar el desastre.

—Precisamente. Vamos a dar órdenes para que todos los agentes se retiren, y esperar instrucciones o la llegada del nuevo comandante militar del Sector.

—¡Es una locura! Sabes muy bien que apenas hemos llegado a tiempo para atajar la expansión de los terrestres por su Sistema. Dejarles en libertad durante el año que tardarían en reanudarse las operaciones es tanto como dejar escapar la ocasión.

—Hallaremos la forma de solucionar el problema —repuso imperturbable—. El retraso será un cargo más contra ti.

Había fallado mi idea.

—Tendré mucho gusto en explicar mis razones, Delab —deliberadamente omití el tratamiento—. Pero no a ti. Y ten en cuenta que no será ya el primer caso en que Then vea volverse contra él sus propias denuncias. ¡Cuando quieras!

Su sonrisa era aún más burlona que antes.

—Así me gusta: que seas disciplinado. Pero no te hagas ilusiones, Helia. Tu posición es bastante desesperada.

—¿Por qué lo dices? ¿Crees acaso que no puedo explicar perfectamente mi conducta?

—Estoy seguro de ello. Luego de ordenarnos que dejáramos medio suelta una de las conexiones para que hubiera un cortocircuito en el momento de accionar los motores de regreso de las cápsulas, has llegado a arriesgar incluso tu vida y el éxito de la misión para salvar a dos de los pilotos.

—Esos hombres no nos pueden perjudicar si sus aparatos no funcionan debidamente… Era un asesinato inútil el dejarles morir allá

arriba.

—Cuyo pensamiento prueba que empiezas a sentir simpatías por ellos. Sabes que tal cosa está prohibida y debiste pedir el relevo. Nadie te lo hubiera echado en cara porque ha ocurrido otras veces.

Me sentí acorralado. Efectivamente, mirado desde el punto de vista objetivo y frío de unas Ordenanzas y Regulaciones, mi conducta no podía ser más irregular.

Y decidí hacer algo que semanas antes se me hubiera antojado inaudito: silenciar al delator. Era la única salida que se me ofrecía para el problema.

—¡No discutamos más, Delab! — grité— ¡Cumple con tu deber!

—Así me gusta —sonrió—. Algunas veces se presentan dificultades. Haré constar en el informe que no ofreciste resistencia alguna.

—¿Dónde y a qué hora he de presentarme para salir de aquí? —pregunté.

—Dentro de una hora podré decírtelo. Es el tiempo que necesito para ultimar los detalles con Aster-Soh. Continúa aquí… o vuelve entonces.

—Prefiero esperar.

—Está bien. Volveré cuanto antes.

Dio media vuelta y, por un segundo, me presentó la espalda tentadoradamente cerca. Era lo que yo había estado esperando, y sin vacilar un instante me abalancé sobre él.

Era duro y fuerte. Quizás no tanto como yo, pero me llevaba la ventaja de una mayor experiencia en la lucha, y sin saber cómo me encontré volteado y describiendo un arco de varios metros de diámetro en el aire.

Por fortuna aterricé relativamente bien, aunque golpeándome fuertemente en la espalda con las piedras del acantilado. Rodé sobre mí mismo, levantándome justo a tiempo para ver brillar a la luz de la Luna los dientes de Andy Shelley, alias Delab-Tehn, mientras esperaba que yo me acabara de incorporar.

—¿Tienes bastante… o quieres más aún? —rió, consciente de su superioridad—. Me estaba temiendo que fueras como la mayor parte de los demás, que aceptan el castigo sin tratar de evadirlo.

—Quiero más… si puedes dármelo, sicario —siseé por entre los dientes cerrados.— Te advierto que tengo facultades para matarte si te resistes… —amenazó, avanzando un paso.

—¡Inténtalo!

Algo debió ver en mi forma de hacerle frente que no había encontrado antes, porque medio volviéndose, llamó en voz bastante alta:

—¡Khune! ¡Ayúdame!

Y embistió, con los brazos extendidos, tratando de aprisionarme entre ellos o hacer presa que me sujetara hasta la llegada de los refuerzos.

Si llegaba Khune-Soh, mis posibilidades se reducirían a cero, ya que entre los dos me dominarían fácilmente. Y su silueta surgía ya de la oscuridad, a unos veinte metros de distancia, donde había estado oculto.

Huir para refugiarme entre los terrestres, donde estaría relativamente seguro, resultaba imposible. Un metro detrás de mí el suelo se hundía verticalmente hasta las rompientes situadas a gran distancia… o eso me parecía en aquel instante. Delab me cortaba el paso, y si no lo hacía él, Khune podría lograrlo también.

Mis dos manos se alzaron hacia la izquierda de Delab, como tratando de hacer presa en ella. Como esperaba, la retiró con instintivo gesto de defensa, y yo, fingiendo perder el equilibrio, giré el cuerpo en dirección contraria, atrapándole por la otra mano.

¡Ya le tenía! Alcé los brazos cuanto me fue posible, forzando una violenta torsión que hizo crujir sus articulaciones, al tiempo que le arrancaba un gemido de dolor. Un fuerte taconazo en las corvas le hizo separar los pies del suelo en tanto que yo me inclinaba hacia adelante.

Su cabeza golpeó sordamente contra el suelo, y el cuerpo se le plegó como si de pronto le hubieran desaparecido todos los huesos.

—Gene Burton tenía nociones de algo que se llama "judo", Delab —jadeé, mientras el espía acababa de escurrirse por el borde del acantilado.

Tuve la seguridad de que no se mataría contra los peñascos de abajo… porque ya estaba muerto anteriormente.

Los pasos de otro hombre se aproximaban con rapidez. De repente se detuvo en seco a poquísima distancia de donde yo permanecía arrodillado.

Levanté la cabeza.

Bert Withers, técnico en motores, me miraba boquiabierto por el asombro.

—¿Qué has hecho, Bih? —temblaba de pavor ante mi inaudita hazaña. ¡Ponerle la mano encima a un Tehn!

—¿Qué diablos es esto? —pregunté en inglés, fingiendo indignación —. ¿Está toda la isla llena de locos?

Se quedó estupefacto ante mi respuesta.

—¿Ha ocurrido algo, señor? Oí voces, y… — no parecía muy seguro de mi identidad, bien porque Delab no le hubiese informado de todo lo que sabía, o porque no acabó de convencerse y ahora le chocaba mi implícita negativa.

—¡Un maldito borracho! ¡Se empeñó en hablarme en una jerga ininteligible, y al seguirle yo la broma me atacó! ¡Debía sufrir "delirium tremens", porque al agacharme yo pasó por encima sin poderse contener y se golpeó contra el suelo antes de caer al acantilado!

—¿Ha podido reconocerle, capitán? —vacilaba más a cada segundo.

—¡Seguro! ¡Era Andy Shelley!

Sobradamente lo sabía él. Pero fingió sorprenderse al oír el nombre.

—¿Andy? ¡Imposible, señor! —vaciló—. Perdone lo que he dicho, pero casi no puedo creerlo. ¡Si Andy no probaba el licor!

—Mañana lo comprobará cuando le saquen del mar.

Y dando media vuelta me aparté de aquel lugar. Khune me siguió, lamentándose de lo ocurrido y perjurando que, o yo me había equivocado al creer que mi enemigo era Andy Shelley, o éste había sufrido un ataque de locura.

Posiblemente se fue recuperando de la sorpresa, y luego de recapacitar un poco dedujo la verdad de lo ocurrido, porque cuando ya faltaba poco para que alcanzáramos las edificaciones de la base, saltó sobre mí.

No me percaté de que era atacado hasta sentir un fortísimo golpe en la cabeza. Caí de rodillas… me pareció oír un grito, que bien pudiera haber sido proferido por mí, y las estrellas desaparecieron del cielo para concentrarse ante mis ojos.

Luego, una intensa negrura invadió mi mente.

* * *

Abrí los ojos, y de momento creí encontrarme aún en el pequeño hospital del doctor Wallis.

Pero en lugar de "miss" Martin, la que apareció, al cabo de unos instantes, fue Olivia Stanley.

—¿Despierto ya, dormilón? —preguntó en son de broma, aunque ni

la sombra de una sonrisa apareció en sus facciones.

—¡Hola, cariño! —repuse, procurando no dar a la palabra un tono demasiado íntimo. Nuestras respectivas posiciones estaban perfectamente delimitadas y ella y yo no podíamos ser otra cosa que buenos amigos… de lo que, no podía negar, me alegraba bastante. Joe Millikan era, indiscutiblemente, el que se la llevaba—. ¿Qué me ha ocurrido?

Estaba preocupada.

—Nadie lo sabe, Gene—me tomó la mano izquierda que reposaba encima de las sábanas, y sólo entonces me di cuenta de que la derecha estaba inmovilizada contra mi pecho—. Creíamos que tú podrías hacer alguna luz en el asunto.

—Solamente sé —en un santiamén había forjado una historia que me parecía bastante plausible. Lo mejor era decir la verdad… hasta cierto punto— que al borde del acantilado me atacó un individuo… Ese Andy Shelley, de electrónica. Tuve suerte de deshacerme de él, y cayó al mar. Luego apareció Bert Withers, de motores. ¿Le conoces?

—Sí. Conozco a los dos.

—Pues me acompañó de regreso, y de repente sentí un fuerte golpe en la cabeza. Eso es todo… hasta que he despertado aquí.

—Te pegó Withers. Al caer pusiste el brazo en mala posición y te has dislocado la muñeca. Por suerte alguien te vio caer, o te oyó gritar, y acudieron varios hombres. Withers huyó hacia el acantilado y, en el mismo borde, se partió el corazón de una cuchillada. Aún no le han podido sacar del agua.

Suspiré con alivio, aunque sintiendo la muerte de Khune-Soh. Era un buen muchacho que no hizo otra cosa que cumplir con su deber. La cabeza me dolía atrozmente.

—No entiendo lo ocurrido… Estuve discutiendo con Shelley, porque yo creía que lo ocurrido con la cápsula de Joe y Ernie era que falló la parte eléctrica del encendido por algún defecto de ajuste. Supongo que es bastante natural que un hombre se ofenda porque alguien le insinúe que su trabajo no es perfecto… Pero ¡de ahí a querer matar al que simplemente se limita a hacer un comentario sin ninguna intención!

—Tal vez creyó que le acusabas de negligencia… o algo peor.

—No recuerdo textualmente la conversación, pero creo que… —me interrumpí en seco—. ¡Oye! ¿Desde cuándo has pasado de secretaria del “Ogro” a enfermera de Homer?

—Joe está herido.

—¿Cómo es eso? ¿Qué le ha pasado?

—Fue de los primeros en acudir en tu ayuda. Withers te llevaba a cuestas, posiblemente con la intención de arrojarte al mar, y al verse descubierto sacó un cuchillo con el que trató de apuñalarte. Joe se interpuso, tratando de detenerle, y paró el golpe con el pecho.

Me quedé silencioso. No cabía duda de que Millikan era un magnífico muchacho que no perdonó ocasión de devolverme el favor cuanto antes. ¡Se merecía a Olivia!

—¿Está…, está muy grave?

—No lo parece, según Homer. Pero tiene para unos días de cama. Luego, estará como nuevo.

—Quiero verle.

—¡No puedes, Gene! Debes permanecer acostado!

—Me encuentro bien. La cabeza no me duele —mentí— y en las piernas no tengo herida alguna, que yo sepa. ¿Por qué no me he de levantar?

—Espera, al menos, a que venga el mayor… —suplicó.

—¡Está bien! —accedí a regañadientes—. ¡Pero como tarde más de diez minutos ya no me encontrará aquí!

Olivia salió, prometiendo que le haría venir, y yo me quedé pensando en los recientes acontecimientos. La cuestión se complicaba más cada vez.

CAPITULO VII

LA semilla que dejé caer con mi versión de lo ocurrido, estaba dando fruto.

—Te necesito, Gene —fue el saludo de Seaborg, señalándome una de las cómodas butacas de su despacho.

—¿A mí, señor? —pregunté extrañado—. ¿Para qué?

—No me gustan los rodeos. Lo sabes. Como sabes también que siempre te he tenido por el mejor de los hombres a mis órdenes.

—No creo que eso sean motivos… —me interrumpí, pensando que no era correcta aquella forma de hablarle a un superior.

—De acuerdo, de acuerdo. Se trata de que, al parecer, los de arriba están preocupados por lo que ocurrió el otro día. Piensan si sería sabotaje lo que estaban realizando Shelley y Withers.

—No lo creo yo, señor. Tenga en cuenta que solamente dos naves han fallado por causas parecidas: la de Keith y Millikan y ese carguero que se nos perdió anteayer…

—Tengo órdenes que comunicarte —parecía no haberme oído—. He de situar una cápsula, TRIPULADA, en la ruta de Marte antes de quince días.

—¡Pero eso es casi una locura, general! Pase que nos arriesguemos a perder varios millones de dólares en instrumentos y provisiones: lo que aprendemos por lo otro. ¡Pero apostar la vida de dos muchachos…!

—No hay alternativa. O eso o mi renuncia. Y el que me sustituya se verá en el mismo brete que yo. ¡Ten la seguridad de que si dependiese de mi voluntad iría yo mismo!

—No hace falta que me lo jure. ¡Iré yo!

Me miró en silencio unos instantes, sorprendido de que mi ofrecimiento fuera por delante de su petición.

—¿Y tu brazo, Gene? No. No puede ser… Y si crees que te iba a

pedir eso mismo, te equivocas.

—Entonces…—ahora sí que estaba verdaderamente sorprendido.

—Tú has estado, dirigiendo el entrenamiento de los nueve muchachos recién llegados. Lo que te voy a pedir ahora es lo más semejante a la comisión de un crimen que he visto jamás…

Cortó la frase como si le faltaran fuerzas para continuar, y se pasó una mano por los ojos.

—Quiero que me digas cuál de ellos es el que elegirías si te vieras precisado a prescindir de uno —terminó con voz casi inaudible. Sus ojos estaban clavados en los míos con expresión suplicante, como si temiera que le abofetease.

—¡Eso no se parece a un crimen, señor! —me levanté, dominándole con mi estatura—. ¡Es un asesinato!

—Cálmate, Gene. Comprende mis motivos…

—Los comprendo perfectamente, señor. Usted quiere cumplir las órdenes recibidas… porque si no lo hace usted lo hará otro y estaremos lo mismo. Hasta ahí estoy de su lado: ¡hay que arriesgar algo si queremos conseguir resultados! Y todos aquí somos voluntarios que sabíamos al enrolarnos que no íbamos de “camping” a un alegre fin de semana.

—Pues…

—¡Pero no concibo en usted esa peregrina idea de enviar a un pobre muchacho bisoño, sin experiencia alguna, por ahorrarse a los pilotos consagrados! ¿No comprende eme nosotros estamos más acostumbrados a los vuelos “reales”, y somos capaces de salir con bien de infinitos aprietos donde ellos morirían sin remedio?

Me volví a dejar caer en el asiento, verdaderamente indignado por aquella salida de Seaborg. ¡En aquel momento no me acordaba para nada de que mi misión consistía precisamente en alentarle a cometer semejante disparate, equivalente a un fracaso en toda la línea!

—¡Gene, por favor! No interpretes tan mal lo que te he dicho. Pensaba enviar también a Theo Gilbert.

Moví la cabeza negativamente.

—Joe Millikan y yo.

—¡Imposible! —tronó el Ogro—. ¡Sois los únicos a quienes no permitiré, bajo ningún motivo, ser los primeros en llegar a Marte… o intentarlo! Otra cosa sería si hubiera una cierta seguridad… pongamos más del sesenta por ciento de probabilidades.

—¡Claro…! —rebatí tercamente—. De diez cargueros se ha perdido

uno… Yo creí que eso suponía un diez por ciento, general.

—Pues te has equivocado —se irritó—. Hace media hora se ha salido otro de control: son dos y ¡aún no están a mitad de camino los primeros que enviamos! ¡Irán Gilbert y otro! ¡Dime su nombre!

Su tono era de los que ya no admitían discusión.

—Willy Kent —repuse, resignándome a lo inevitable—. Ese muchacho es fuerte como un toro; tal vez sea inteligente también, pero a mí no me lo ha demostrado. Para lo único que sirve, en mi concepto, es para mandarlo a casa con su mamá.

* * *

Ninguna nave volvió a fallar en el despegue. Desde luego estaban bien construidas. Pero en los días siguientes, Aster-Soh estuvo atareado: cada tres días, una cápsula de las que se encontraban en ruta hacia Marte se desviaba inexplicablemente de su órbita, al ponerse en funcionamiento sus motores de maniobra, y se perdía sin remedio.

Seaborg se tiraba de los pelos, pero no había forma de doblegar su tozudez.

—¡Con solo dos que lleguen, bastará para aprovisionarse y regresar!

—¡Pero, general!—argüía yo—. ¡Eso es lo mismo que enviar a los muchachos a una muerte segura! ¿Por qué no esperamos un poco hasta encontrar el defecto?

—¡Es inútil, Gene! ¡Esa reflexión la he hecho yo en todos los tonos a quien debía hacérsela! ¡Están asustados hasta lo inverosímil!

—Pero… ¿por qué? Nos hemos pasado un montón de millones de años sin ir a Marte. ¿A qué viene ahora esa prisa por llegar cuanto antes? No sé que haya peligro de que escape de su órbita y lo perdamos para siempre…

—¡Están convencidos de que Withers y Shelley trabajaban para los rusos, y que éstos saben tanto como nosotros sobre nuestros cohetes de lanzamiento! ¿Comprendes? Tienen miedo de que se nos adelanten otra vez.

Enmudecí, pues no podía explicarle que aquello no era cierto. Que los rusos estaban tan atormentados, por los fracasos como los norteamericanos… Y al separarme de Seaborg iba preocupado por la extraña psicología de las gentes de este planeta.

¡Dos poderosas naciones, cada una de ellas capaz de despoblar su mundo de origen, amenazándose continuamente con hacerlo! ¿Tan

difícil les resultaba llegar a un entendimiento, hacer realidad lo intentado con tan poco éxito con las distintas asociaciones de países fundadas hasta ahora? Continuas batallas verbales, espionaje, desconfianza de todo y de todos… y por encima, flotando como una gran mancha de aceite en el mar, un pánico cerval que amenazaba convertir en realidad las amenazas a la más mínima provocación.

Había una salida: el espacio; descargando parte de la tensión hacia los mundos sin conquistar, tal vez se diera tiempo a la fusión de los países… que se limaran asperezas. ¡Y entonces se oiría hablar de la raza de Sol! ¿Qué no lograrían alcanzar estos seres de una inteligencia poco común, capaces de un avance meteórico en todos los campos de la ciencia a la vez?

Merecían ser los dueños del Universo. Y, sin duda alguna, llegarían a serlo. Ninguna de las muchas razas que poblaban la Galaxia estaba tan dotada para el mando como ésta. ¿Para qué retrasar el inevitable momento de su apoteosis? El destino final era éste: desaparecer en un inútil holocausto, o dirigir a todos los seres vivientes hacia una grandeza jamás soñada… como nunca la lograría el anquilosado Consejo Supremo que regía el grandioso e inútil Imperio Galáctico.

—Te estás convirtiendo abiertamente en un rebelde, Helia —me dije, medio riendo.

Una voz, siempre agradable a mis oídos, me hizo cortar en seco las reflexiones.

—¿Qué te ocurre, Gene? Estás hablando solo.

Olivia Stanley se había plantado delante de mí, sin que yo me diera cuenta de su presencia.

—¡Ah! ¡Hola, Olivia! Nada… Simplemente, pensaba.

—¿En qué… si puede saberse?

—¡Oh, en las marcianas! —repuse ligeramente—. ¿Tú crees que serán guapas?

—¿Piensas ir a buscar novia allí? —preguntó a su vez, siguiendo la chanza.

—¡Claro que sí! ¡Todas las solteras de Jarvis estáis comprometidas! ¡No hay derecho, hombre!

La férrea disciplina necesaria para una obediencia ciega, requerida en todos los servicios oficiales del Imperio Galáctico, había obrado maravillas en mí: Olivia Stanley, la que en tiempos llevó de cabeza a Gene Burton y que a mí me trastornó al principio por aquella extraña reminiscencia de su personalidad, no era sino el recuerdo de un antiguo

amor… una memoria amable, y una buena amiga. Nada más.

Por ello podía permitirme aquellas bromas sin sentir los retortijones de los celos.

—No te conozco, Gene —la muchacha ignoraba cuán al pie de la letra era exacta aquella metáfora—. Luego de lo ocurrido… y ahora te permites hasta reírte de lo que antes… Si no supiera bien cómo piensas, creería que estabas preparando algo para desembarazarte de Joe.

Reímos los dos a coro.

—¿Quién sabe? Ya una vez me salió mal la idea de dejarle colgado allá arriba —¡cuán lejos estaba ella de sospechar que yo no decía más que la estricta verdad!—. Es posible que pruebe suerte otra vez… ¡A propósito! ¿Dónde está Joe?

—Acabo de dejarle en el embarcadero. El sol dará un buen rato allí.

—Voy a charlar un rato con él.

—Yo regresaré enseguida. Espérame y te acompaño.

—No… perdona. Tengo prisa.

Me miró extrañada. Jamás hasta ahora había yo desdeñado la ocasión de ir con ella a cualquier parte, ni aun después que definitivamente cedí el terreno a Millikan.

Se encogió de hombros.

—Como quieras. ¡Hasta luego!

Mientras me encaminaba hacia la pequeña caleta estaba seguro de que ella se volvía a mirarme más de una vez. Joe Millikan, con una novela entre sus manos, se tostaba tranquilamente al sol. Sobre el pecho aún llevaba cruzados algunos vendajes, recuerdo de Khune-Soh.

Me dejé caer a su lado, cruzando las piernas.

—¡Buena vida, muchacho!

—¡Ah, hola! —no se había percatado de mi aproximación—. ¿Qué hay, Gene?

De irreconciliables rivales habíamos pasado a ser los mejores amigos del mundo. Yo lamentaba sinceramente no poder jugar limpio con él.

¿Y por qué no? De todas formas, mi suerte estaba echada. Los últimos días había estado reflexionando sobre lo que ocurriría a mi regreso, triunfante o derrotado.

Se investigaría la desaparición de Delab-Tehn. La historia que yo pudiera contar resultaba endeble e incapaz de resistir un examen a fondo.

Pero me repugnaba traicionar a mi pueblo, aunque fuese por salvar

mi vida.

—El “Ogro” está loco…, o se ve obligado a seguir las órdenes de algún orate de las esferas superiores.

—Ya me lo has dicho más de veinte veces —sonrió—. ¡Más vale que lo olvides!

¿Qué era mi pueblo? En primer lugar las gentes que originariamente tuvieron mi misma forma física… los nacidos o descendientes de naturales de RZ Cephei II. Aquel concepto localista fue abandonado hace varios miles de siglos, sustituyéndolo por el de comprender a todos los que, agrupados, formaban la Confederación del Imperio Galáctico. Seres, en muchos casos, de constituciones físicas totalmente dispares, cuyo único requisito necesario era el de la inteligencia.

¿Acaso los terrestres no eran inteligentes?

¿Por qué no habían de ser catalogados como componentes de aquel “pueblo” galáctico? Otras razas no federadas merecieron en épocas tal consideración y fueron tratadas de acuerdo con ella.

—No puedo, Joe. ¡Es monstruoso lo que se pretende hacer! Equivale a enviar a Theo y Billy con la seguridad absoluta de que no regresarán.

Además yo no podría hacer nada por ellos. Si Aster-Soh recibía mis órdenes de no molestar su regreso sanos y salvos entraría en sospechas tal vez. Sería demasiado pedir a, su sentido de la obediencia. ¿Quién sabe si, actuando por su cuenta, llegaría a consultar con el alto mando?

—¿Puedes hacer algo, Gene? —preguntó Millikan—. ¡No! Yo lo siento lo mismo que tú, pero Seaborg tiene razón: si no lo hace él será otro quien dé las órdenes…

—¡Pero si yo no niego la posible necesidad de enviar dos hombres a Marte, Joe! ¡Lo único que me subleva es que sean los menos indicados para esa misión!

Alcé la vista hasta clavarla en el simpático rostro del terrícola.

¡Miedo! Esa era la única explicación posible a la actitud del Consejo. ¡Temían a la Tierra porque acabaría imponiéndose en poco tiempo, dominando con su superior energía de raza más joven, a todas las demás que se extendían a lo largo y ancho de la Galaxia!

Y estuve seguro de que, dándoles suficiente tiempo, el Consejo Supremo acabaría ordenando la comisión de un horripilante crimen de genocidio. ¡La Tierra sería aniquilada!

Era la conclusión a que llegarían cuando viesen que las dificultades no arredraban a los terrestres; que pese a todos los sabotajes, continuaban en su empeño, más unidos cada vez. ¡Y algún día se

asomarían a las estrellas!

¡Ay de los que hubieran tratado de obstaculizar su expansión!

En aquel instante decidí de qué parte me llamaba el deber.

Es posible que se me tilde de traidor. Yo no me considero así. Mi concepto de “HUMANIDAD” es mucho más amplio que todo eso y entiendo como integrantes de ella a todas las criaturas del Universo que estén dotadas de cierto grado de inteligencia. El defender a una parte de ella que está siendo objeto de una injusticia por causa del egoísmo de unos pocos, no es traición.

—¿A quién enviarías tú?

—A Gene Burton y Joe Millikan… si quiere venir conmigo.

Se apoyó sobre un codo, acariciándose la barbilla con la mano. La novela quedaba olvidada en el suelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Abe Trenton nos puede ayudar.

—No, Gene. Lo siento. Supón que tenemos éxito y regresamos con bien: el Consejo de Guerra sería inevitable…

—Está bien —me levanté—. No quiero insistir más. Creí, simplemente, que sería una buena idea… ¡Caray, Olivia! No te he oído llegar.

—Acabo de hacerlo —sonrió. Yo respiré algo tranquilizado. Por un momento había temido que ella hubiera escuchado nuestra breve conversación—. ¿Te marchas ya? Parece que me vas huyendo…—Ya sabes que no, muchacha. Simplemente que he de hacer unas cosas.

Las cosas que tenía que hacer me llevaron varias horas. No es tan sencillo mantener una conversación con Marte valiéndose de aparatos cuyas ondas se propagan con velocidades equivalentes a la de la luz. Entre una frase y su contestación transcurrían cerca de diez minutos, pese a que ambos planetas se encontraban cerca de la mínima distancia posible entre ellos. De haberse interpuesto el Sol cada respuesta hubiera tardado en llegarme bastante más de media hora.

Con un suspiro de descanso, guardé el pequeñísimo transmisor, obra de Khune y Delab. Aster-Soh tenía mis instrucciones por si no me era posible dárselas más adelante. En una pequeña cápsula, donde apenas queda sitio para moverse, no sería demasiado fácil mantener una conversación sin que se enterase el compañero.

Si Joe Millikan no quería venir conmigo, yo acompañaría a Theo Gilbert. Era la única posibilidad de que el muchacho regresara con vida.

Llamaron a la puerta de mi habitación, apenas había ocultado el

transmisor y su antena.

Era Joe Millikan.

—¿Puedo pasar, Gene? —preguntó con cierta vacilación.

—¡Naturalmente! No pienses que estoy ofendido por tu negativa.

Cerró la puerta tras de sí.

—El caso es —se disparó de carrerilla como si quisiera acabar rápidamente— que lo he pensado mejor: ¡Cuenta conmigo!

—Lo siento, Joe —repuse secamente—. Creo que me equivoqué al proponértelo. No pensé en Olivia…

—¡Pero si es ella misma la que me ha convencido! Yo tenía, mis dudas, pero…

—¿Nos ha oído?

—Casi todo. Lo demás se lo he dicho yo. Y está de acuerdo. Tiene plena confianza en ti y dice que cuando se te mete una idea en la cabeza, aciertas siempre.

—¡Pero es muy peligroso, Joe! ¡Tenemos muy pocas posibilidades de regresar…!

—Eso ya lo sabía yo cuando me enrolé en esto. ¿No es nada el ser los primeros que lleguemos a Marte, aunque no pongamos el pie en su superficie?

—¡Déjate de tonterías, y al grano! —le tendí la mano, prometiéndome interiormente que Joe Millikan regresaría a la Tierra aunque tuviese que traerle yo en mi propia nave que ahora reposaba en el planeta rojo.

—¿Qué hay que hacer?

—Primero, hablar con Abe Trenton…

* * *

Con las manos en los bolsillos contemplaba la esbelta silueta del “Prometheus”, ya preparado para el largo viaje a Marte. Flexionaba de vez en cuando la muñeca para convencerme de que no se resentía en absoluto. Junto a mí, Joe Millikan encorvaba el torso, poniendo en tensión los músculos, asegurándose de que la herida había cicatrizado perfectamente.

—¡Me dais envidia, muchachos! —palmeé la espalda de Billy Kent, que estaba pálido—. ¿Quieres cambiar?

—No, señor —sonrió débilmente el pobre muchacho, desmintiendo

sus propias palabras—. ¡He estado suspirando por esto toda mi vida!

—Yo te cedo el sitio, Gene —ofreció Theo Gilbert. Estaba relativamente tranquilo, aunque tampoco podía disimular cierta desazón.

—¡Nooo…, gracias! —rechace, fingiéndome horrorizado—. ¡Estoy seguro de que si me encontrara en vuestro lugar ya habría desertado! ¡Tengo la impresión de que no os va a salir bien la excursión!

—¡Gene! —amonestó Millikan—. No profetices desgracias. ¿Quieres asustarles… más de lo que están?

Aquella jocosa salida nos hizo reír a todos… cada cual por distintos motivos.

Abe Trenton se aproximó al grupo que formábamos.

—Ya va siendo hora de que se preparen, señor —se dirigió a Theo como jefe de la expedición que era.

Billy Kent palideció un poco más. Me parecía que la mandíbula le temblaba ligeramente.

—Vamos —convino Keith.—. Os ayudaremos.

No me convenía que nos acompañara.

—Joe y yo podremos hacerlo —opuse—. Tú ve arriba a la cápsula y repasa todo bien. Luego te metes en el “bunker” y nos telefoneas cuando llegue el momento.

Rezongó un poco, pero me hizo caso.

Como si les llevásemos prisioneros, Joe, Abe y yo rodeamos a Gil y Kent, empujándoles hacia el departamento de equipos.

—¡Maldita sea, Abe! —rezongué—. ¡Acércate a la cantina y pídele a Ken una botella! ¡Hemos de despedirnos!

Apenas se hubo cerrado la puerta tras el sargento, ya Joe y yo habíamos sacudido a los otros sendos trompazos en la nuca, que los dejaron sin sentido.

—Supongo que no habremos matado a ninguno… —observé. Abrí de nuevo la puerta, y Abe Trenton esperaba allí a que le llamáramos, de acuerdo con lo convenido. No era preciso comprometer al muchacho más de lo imprescindible. Si podía evitarse que se supiera que nos había ayudado… tanto mejor para él.

En previsión de lo que pudiera ocurrir atamos a Theo y Billy, encerrándoles en un estrecho armario. Luego, Joe y yo procedimos a vestirnos nuestros equipos. Abe se había preocupado de proporcionarnos los de nuestra talla.

—Vais a pasarlas moradas todos estos meses sin poderos quitar eso

de encima —observó Abe; mientras soldaba la cremallera de unión de mi guante derecho con la correspondiente manga.

—Nos los quitaremos por turnos, media hora cada día… la primera semana —reí yo—. Luego es posible que se nos olvide ponérnoslos alguna vez, y al final quizá no sepamos siquiera dónde los hemos metido.

—Es peligroso… Si un meteorito agujerea la coraza podéis veros en un apuro…—Y si a éste le da por volverse loco… y si a mí se me ocurre salir fuera a tomar el fresco… y si nos da un ataque al corazón… ¡Tonterías, Abe! ¡Si fuéramos a preocuparnos de todos los peligros, tratando de evitarlos, jamás saldríamos de la cama! ¡Saca esa botella!

La tenía escondida allí. Echamos un trago, y luego vertí el resto en una especie de frasco de forma poco común.

—¿Crees que funcionará? —dudó Millikan—. ¡Mira que si se le ocurre fallar…!

—Observa —soplé en la boca del frasco, hinchándolo ligeramente. En realidad se trataba de una vasija plástica de paredes dobles. Entre ellas una cámara de aire que impulsaría el “Whisky” hacia fuera a presión, única forma de poder beber en un medio desprovisto de gravedad—. Perfecto, ¿ves?

Apliqué el aparato a mis labios, oprimiendo un pequeño resorte, y el líquido salió pese a no haber levantado yo la botella.

Sonó el timbre del teléfono.

—Ya es la hora, Gene —me informó Keith—. Traed a esos dos enseguida.

—Van inmediatamente… ¡Ah, Ernie! Joe y yo nos quedamos aquí.

—¿No vais a presenciar…?

—Nada de eso. Dile al jefe que él ya sabe porqué.

—Bien, como queráis.

Hicimos tiempo, a fin de que nos obligaran a marchar directamente a la nave, evitando que nos reconociesen antes de hora, estropeando la combinación. Keith llamó dos veces más, apremiándonos.

—Lo siento por Olivia, Joe. No vas a poderte despedir de ella.

—Ya lo hicimos antes. No te preocupes. Ella sabe que no hay más remedio que hacerlo así.

Salimos de estampida, y Abe lo hizo en dirección a la cantina para procurarse una coartada.

Trepamos hasta lo que iba a ser nuestra vivienda en los próximos meses. La escotilla se cerró, asegurándola Joe por la parte de dentro.

—¿Dispuestos, Theo? —preguntó Seaborg.

—Sí, señor —repuse yo, procurando simular la voz de Gilbert—. Cuando quieran.

Seguimos acomodándonos.

—Siento no haber podido despedirme de vosotros antes de que os metierais ahí, muchachos —continuó el “Ogro”. Se le notaba emocionado—. Podéis estar seguros de que… de que…

No pudo seguir. Faltaban diez segundos escasos para la salida. La voz de Tinker cantaba monótonamente.

—No tiene por qué preocuparse, jefe —traté de animarle—. Todo saldrá O.K.

Me hubiera dado de bofetones. Seaborg debió notar algo extraño porque yo no me había acordado de fingir la voz. Faltaban tres segundos.

—¡Maldita sea, Tinker! ¡Para la cuenta! ¡Esos no son…! ¿Dónde vas, muchacha?

Un segundo antes de la hora, prefijada se pusieron en acción los motores. Joe y yo nos hundimos profundamente en nuestros asientos, y mi compañero perdió el sentido.

El gran viaje había comenzado.

CAPITULO VIII

CUANDO pude desprenderme de los correajes que me sujetaban a mi asiento, me volví hacia Joe Millikan. Seguía inmóvil.

Agarrándome con manos y pies a todo cuanto pudiera ofrecerme una garantía de solidez que me evitara flotar en la cabina, me acerqué al terrestre, despojándole del casco.

En aquel instante abría los ojos.

—¿Cómo va. Gene? —preguntó, luego de unas cuantas tentativas.

—Ya estamos en camino… En caída libre hasta la llegada.

—Me desvanecí, ¿no?

—Eso parece. Pero estás bien, creo.

—Aparte de que me siento como si me hubieran dado una paliza, pues, sí —trató de sonreír, no logrando otra cosa que una mueca.

—¡Gene, maldito! —tronó la voz de Seaborg en nuestros oídos—. ¿Estáis bien?

—Perfectamente, general —repuse—. Por fin me salí con la mía.

—Eso creo. Pero os ha salido bien por milagro. Yo ya estaba dando la orden de parar la cuenta cuando…

—… Olivia Stanley actuó por su parte —le interrumpí—. Nos hemos percatado. ¡Brava chica!

Se hizo un corto silencio.

—Creo —prosiguió finalmente el “Ogro”— que nada de lo que podamos hacer ahora cambiará las cosas. Dejémoslo olvidado. ¿Necesitáis alguna cosa?

—¿Nos la va a enviar usted por mensajero personal? —pregunté a mi vez.

—Quizá… No olvides que seguimos enviando naves de aprovisionamiento. Esto no parará ya hasta que logremos poner el pie en Marte.

* * *

¿Para qué narrar todas las peripecias del viaje? Para mí, acostumbrado al espacio, poco de nuevo podía ofrecer. Joe Millikan acabó por aburrirse de estar asomado a los tragaluces, que ahora podíamos cubrir o descubrir a nuestro antojo.

Juegos de ajedrez, de naipes, libros, música, conversación entre nosotros y con la Tierra… Todo acaba por hacerse tedioso cuando transcurre una semana tras otra, sin apenas poder moverse, siempre en tensión por miedo a cometer un error en aquel ambiente extraño desprovisto de gravedad. Error que, según las circunstancias, podía incluso resultarnos fatal.

Y Marte creciendo lentamente ante nuestros ojos…

—Yo creo que podríamos iniciar ya la maniobra, Gene —sugirió Joe Millikan—. Esta órbita que llevamos es peligrosa. Pasa por dentro de la atmósfera, ya lo sé, y acabaríamos por caer al suelo. ¿Cuántas cápsulas hay por aquí?

—Cinco parece ser que han llegado. ¿Cree que podremos alcanzar alguna?

—Es imprescindible o tendremos que quedarnos. Prefiero ahorrar el combustible hasta que tengamos una a mano.

Dos días de espera hasta localizar uno de los depósitos de combustible y provisiones, por medio del radar.

—¡Ahora! —aceleré y, por primera vez en tres meses, sentimos en nuestros cuerpos la ahora torturante sensación de peso.

Nuestra órbita se deformó ligeramente, aproximándose al lugar deseado.

Millikan, atento al objetivo, me iba dando las direcciones. Yo pilotaba…

Joe se volvió hacia mí, pálido como un cadáver.

—Hemos fallado. ¿Qué te ha ocurrido?

—No lo sé—dije—. Equivocadamente di gas en lugar de quitarlo. O ese trasto no estaba donde creíamos.

—Eso ha debido ser. El espacio engaña en las distancias. Ahora…

—No podemos intentarlo de nuevo. Hemos perdido demasiada velocidad y caemos. Para reintegrarnos a la órbita gastaríamos todo el combustible. Hay que bajar.

—¡Pues, adelante! —sonrió animadoramente—. ¡No sólo veremos Marte, sino que lo vamos a tocar!

—Es posible que podamos mantenernos allí hasta que llegue otra expedición mejor equipada… —apunté.

La rarificada atmósfera no era demasiado obstáculo, porque la falta de sustentabilidad se compensaba con una velocidad mayor. En cuanto a la elección de lugar para el aterrizaje tampoco era demasiado difícil. Todo lo que alcanzaba nuestra vista, cuando estuvimos lo bastante cerca para distinguir detalles, era un rojizo desierto arenoso, con algunas desgastadas montañas. Ni árboles, ni signo de vida por parte alguna.

El golpe contra el suelo fue bastante violento. No es lo mismo caer sobre una capa de blanda agua, Pero de todos modos salimos bastante bien librados.

Al final de los múltiples batacazos y rebotes, nos encontramos colgados de lo que ahora era el techo de nuestra vivienda.

Nos ayudamos mutuamente, y por fin, endosándonos a la espalda un par de depósitos de aire, y en el rostro unas caretas parecidas a las de bucear, salimos al exterior.

Era un descanso la leve gravedad del planeta. En la Tierra hubiéramos necesitado un día o dos de ejercicios y probaturas antes de poder tenernos en pie.

Hacía frío, pero de verdad. No llevábamos a mano un termómetro, mas nuestras pieles ateridas bastaban para dar fe de lo bajo de la temperatura.

—Volvamos, Joe —aconsejé—. En casita se está mejor.

Al regresar, Millikan me hizo reparar en el disco del sol, muy bajo en el horizonte. Era sensiblemente más pequeño que visto desde la Tierra. Yo, en compensación, le señalé las alturas. El cielo, en lugar del hermoso azul que podía verse en su planeta de origen, era aquí de un color mucho más oscuro, casi negro, por la casi total carencia de aire. Algunas estrellas podían verse con facilidad en pleno día.

—Tendremos que preparar un reconocimiento de los alrededores —sugerí, aun sabiendo que no tendríamos ocasión de llevarlo a cabo—. Es posible que haya algo interesante.

—¿El qué? ¿Alguna ciudad en ruinas? ¿O un río? ¡Desengáñate, Gene! En Marte lo único que encontraremos es arena, arena y arena.

Tomé el micrófono.

—Voy a comunicar lo que nos ha ocurrido. Alguien se va a llevar un berrinche.

—¡Pobre Olivia! ¡Quisiera no haberle hecho caso… ni a ti tampoco!

—¿Y la gloria de ser el primero en pisar Marte?—repuse zumbonamente.

—No me arrepiento de lo hecho —aclaró—. Simplemente hubiera querido evitarle sufrimientos a ella.

Seaborg gritó de tal forma que temí me reventara los tímpanos, sobre todo porque me pilló de sorpresa luego de la larga espera necesaria por la distancia. No llegamos a ninguna solución práctica, salvo su promesa de remover cielo y tierra con tal de conseguir medios para sacarnos de Marte.

Al día siguiente, preparados para la explotación proyectada, abrimos la compuerta de salida.

Aster-Soh y los cuatro hombres que quedaban con él, nos estaban esperando ya. En el acto cayeron sobre Millikan, mientras el Soh se me aproximaba.

—¡Marcianos! —barbotó Joe sorprendido—. ¡Ayúdame, Gene!

De momento apenas lo hubiera necesitado. Sus no escasas fuerzas, se habían incrementado proporcionalmente a la baja gravedad marciana, y los cuatro soldados salieron despedidos en distintas direcciones.

Aster-Soh y yo esperábamos, viéndolos agitarse en confuso montón.

—No te canses, Joe —le dije por fin—. Entrégate porque estás entre amigos.

Quedó tan sorprendido al oír mi voz aconsejándole tranquilamente, que dejó de luchar. Luego ya no pudo seguir porque le habían sujetado perfectamente.

Allí cerca había una pequeña navecilla de salvamento, con la cual nos trasladamos al “Sekkar”, el aparato que nos trajo al sistema solar.

—¿Qué significa esto, Gene? —preguntó Millikan, fuertemente maniatado—. ¿De qué conoces a esta gente?

—Son mi propia gente —dije—. No soy el capitán Gene Burton, ni siquiera he nacido en la Tierra.

Quedó anonadado de tal forma que no tuvo fuerzas para seguir hablando. De esta forma le encerramos en un pequeño camarote del que no podía salir jamás sin ayuda exterior.

Ahora venía el problema para mí. ¿Podría convencer a Aster-Soh para que se me uniese?

—Llévame al puesto de comunicaciones —ordené a mi subordinado —. Tengo que hablar con los que han quedado en la Tierra.

Obedeció sin rechistar. Rápidamente me puse en comunicación con

los grupos que trabajaban en casi todos los centros de experimentación del Espacio, y media hora después estaba paralizado todo el servicio de sabotajes dirigido por nosotros.

Aster-Soh estaba intranquilo, y esta desazón me la comunicaba a mí.

—Tenemos que hablar, Helia-Bih—dijo por fin, luego de pensárselo mucho.

—Di lo que sea.

—¿A qué has venido aquí?

Primera pregunta, pensé. Detrás de ésta vendrán las demás.

—Quiero ponerme en contacto con el Consejo y ésta es la única forma de hacerlo sin despertar sospechas si he de regresar a mi personalidad terrestre. Creo recordar que ya te lo expliqué.

—¿Qué hiciste con Delab-Tehn y Khune-Soh?

—Lo mismo que haré contigo si te atreves a seguir preguntándome, Aster —repliqué con acento ominoso.

Sin embargo no pareció inmutarle demasiado mi amenaza encubierta. Estábamos solos en el puesto de comunicaciones, y cerró la puerta para evitar que nos interrumpieran.

—Escucha, Helia. Siempre te he respetado y querido. Ello pienso que me da cierta autoridad para hablarte claramente, a pesar de la diferencia de graduación. ¿No es verdad?

—Sí, lo es, Aster —reconocí—. Nadie me ha sido personalmente más fiel que tú.

—Bien, pues. Delab, de quien he de advertirte jamás tuve un concepto demasiado elevado, me dio a conocer su identidad, anunciándome que pensaba destituirte por traición. Al poco tiempo llamaste tú para comunicarme que Delab y Khulie habían muerto. Necesito que me des una explicación convincente para no verme obligado a… hacer contigo algo que me disgusta.

Yo estaba rígido, mis facciones tan inescrutables como las de Aster.

—Los acontecimientos hablan bastante claro. Mi conciencia me dice que no soy un traidor.

—Pero mataste a dos hombres que te acusaron de ello en lugar de permitirles que te condujeran ante un tribunal. Has incumplido las órdenes recibidas… o pretendías hacerlo.

—La traición estaba en obedecer. Escucha, Aster. ¡No podemos impedir a los terrestres que se extiendan por el Espacio! Si tú los conocieras como yo, opinarías igual! Son mucho mejores que nosotros…

—¡Basta, Helia! —hizo un gesto rápido, dejando la puerta abierta—.

¡Kamber, Shundah!

—¡Es el destino de la Humanidad lo que está en juego, Aster! —insistí desesperado—. El Consejo ha ordenado que los obliguemos a permanecer en su planeta como en una prisión, porque les temen. ¡Y no vacilarán en aniquilarles si no pueden contenerlos de otra forma! Son un puñado de cobardes, únicamente ansiosos de poder, que…

—¡Cállate, maldito!—rugió mi ex amigo—. No quieras hacerme partícipe de tus levantiscas intenciones!

Los dos hombres llamados por Aster se presentaron en la puerta:

—¿Llamabas, Soh? —preguntó Shundah.

—¡Sí! ¡Llevad a Helia a su departamento y encerradle en él! ¡Que no salga para nada de allí! ¡Está detenido por traición!

* * *

Hasta aquí llega mi historia. Estoy encerrado, privado de todos mis cargos. Aster-Soh me ha dicho que, de momento, no puede comunicar lo ocurrido a causa de que la masa del Sol se interpone entre nosotros y el cuartel general, sito en Aldebarán. Podría hacerlo saliendo de Marte y desplazándose un poco, pero no cree que el retraso valga la pena. En realidad pienso que desea demorar el informe tanto como sea posible.

Aún conserva un resto de aprecio por mí, a pesar de lo ocurrido.

He estado tres días escribiendo lo acaecido hasta ahora. ¿Por qué? No lo sé, con franqueza. Es posible que lo utilice para defenderme de las acusaciones de traición, o… No me atrevo a consignar en el papel esta última idea.

Únicamente puedo decir que soy un proscrito en todas partes. Los que hasta hace poco fueron mi pueblo, me repudian por renegado. Los terrícolas, cuya forma física poseo, tal vez me admitieran… si ignoraban mi verdadera personalidad. Mi única alternativa es hacer algo que, de momento, está fuera de mi alcance. ¿O podré hacer uso de las dos individualidades de que estoy dotado? Los terrestres son astutos… quizá combinando esto con la inteligencia y la fuerza de que también poseo, pudiera…

¡Lo intentaré! Únicamente pueden matarme. Nada peor me puede ocurrir. ¡Y, de todas formas, ya estoy muerto para todo el mundo!

Se me está ocurriendo un plan…

CAPITULO IX

HELIA-BIH dejó de escribir.

Guardó en un cajón de su mesa el largo manuscrito redactado en inglés, y esperó.

No transcurrió mucho rato antes de que Aster-Soh hiciese su aparición, trayendo algo en la mano.

—Me ha gustado el libro, Helia. ¡Ignoraba que este autor fuese tan profundo! ¿Tienes más de él?

—Sí. Aguarda un poco… ¡Siéntate, por favor!

Aster obedeció, y Helia pasó por detrás de él, rebuscando en una especie de armario, repleto de cilindros metálicos. Por fin, tomando el más pesado, regresó con el mismo hacia donde esperaba su carcelero.

—Este es más largo —Aster se volvió, forzando el cuello para ver mejor sin moverse del asiento.

Pero no pudo seguir todo el camino de Helia, y cuando éste pasó por su lado, tuvo que girar la cabeza hacia el contrario.

No llegó a completar el movimiento. El brazo del prisionero se alzó cayendo con seco golpe sobre la pelada testa de Aster, que quedó aplastada con sordo chasquido.

—Lo siento de veras, amigo mío —musitó el matador—. Pero tu vida y la mía, junto con las de los demás que están con nosotros, no pesan tanto como el daño que quiero evitar.

De la cintura de Aster, desprendió una especie de pistola terminada por dos puntiagudas barras metálicas, macizas, en lugar de cañón y empuñándola se dirigió hacia la puerta.

Aún se volvió para dar una última mirada al cuerpo de su amigo, antes de abrir la puerta.

—¡Kamber! —llamó al hombre que vigilaba.

Este se volvió sorprendido.

—¿Qué deseas, Bih? —no había perdido totalmente la costumbre de tratarle como a un superior de alta graduación.

Dio dos pasos hacia Helia, y de pronto la mano de éste asomó empuñando la pistola. Un sonido, especie de latigazo, y la cabeza de Kamber quedó envuelta en una luminosidad rojiza, de insoportable brillantez.

Apenas duró un par de segundos, pero al disiparse, la cabeza había desaparecido con ella.

Helia corrió por el pasadizo, con intención de liberar a Millikan. Y de pronto se dio de manos a boca con otro de los tripulantes de la astronave.

El hombre lanzó un grito de alarma, prolongado en un escalofriante alarido de agonía, al recibir en pleno pecho una nueva descarga de la pistola desintegrante.

Pero el daño ya estaba hecho. Helia giró la vista en derredor, desesperado, buscando un lugar donde guarecerse.

¡La cámara de reajustes!

Estaba allí mismo, y era el lugar más apropiado para ocultarse. Corrió desenfrenadamente hacia ella, pero Shundah y su restante compañero llegaban ya, y pudieron verle antes de que desapareciera.

Cerró la puerta, asegurándola por dentro.

Sabía que era inútil, que acabarían fundiéndola con un par de descargas. Pero ganaba un poco de tiempo.

La puerta se deshizo como si fuese de cera, antes de que. lograse siquiera buscar un sitio en que parapetarse.

Los soldados penetraron en tromba, separándose para dificultarle la puntería. Uno de ellos, no pudo reconocerle de momento, cayó con medio cuerpo abrasado. El otro se dejó caer de rodillas e hizo fuego.

Fallaron ambos por poco. El calor que despedían las descargas de aquellas armas era algo terrorífico. Helia saltó a un lado para no asarse, disparando al mismo tiempo.

El enemigo superviviente imitó su acción. Era Shundah.

A no haber sido por su rápido movimiento, Helia-Bih habría sido alcanzado de lleno. Así no se dio cuenta de que estaba herido hasta que, luego de rodar sobre sí mismo, trató de ponerse en pie.

La pierna izquierda le había desaparecido desde un poco más arriba de la rodilla.

Aún no sentía el dolor. Derrumbándose al suelo por falta de apoyo, disparó serenamente, tomando puntería con sumo cuidado.

Shundah casi quedó totalmente desintegrado.

Helia se sabía irremisiblemente perdido. La sangre salía en enormes cantidades por las cortadas arterias, y no tardaría más de cinco minutos en quedar imposibilitado de moverse.

No le quedaba tiempo ni de liberar a Joe Millikan.

Giró la vista en derredor. ¿Iba a fracasar ahora que no le quedaban enemigos? ¡Tenía la victoria al alcance de la mano!

Sus ojos cayeron sobre una mesa, cubierta por una campana transparente, en medio de un colosal amasijo de cables y tuberías.

¡El reajustador era la solución! Él solo podría prepararlo para que le reintegrase a su forma primitiva. Era la muerte también, pero a más largo plazo, ya que la herida de la pierna quedaría cerrada.

Penosamente se arrastró hasta un tablero de instrumentos, ajustando reóstatos y volantes en frenética prisa, hasta lograr ponerlo a punto para la operación.

Apenas quedaba un minuto. Ya se sentía muy débil, y la pierna le dolía horriblemente.

Se tumbó encima de la mesa. La campana cayó en su lugar, dejándole aislado del resto del Universo.

Ya se disponía a pulsar la palanca que pondría la máquina en funcionamiento cuando recordó algo: al despertar no guardaría memoria de nada. Mojando sus dedos en su misma sangre escribió en el transparente muro, delante mismo de sus ojos:

ERES HELIA-BIH. EN LA HABITACIÓN DONDE ESTÁ
MUERTO ASTER-SOH ENCONTRARÁS INSTRUCCIONES.

Dio un tirón a la palanca y cerró los ojos, esperando.

Las mismas sensaciones que ya experimentara una vez, volvieron a él: su cuerpo de forma terrestre se diluyó en un conglomerado de átomos disociados, que, siguiendo el proceso anterior a la inversa, comenzaron a reintegrarse a sus lugares respectivos para formar el cuerpo de Helia-Bih, tal como era antes, excepto que le faltaría una pierna. Sin embargo no sería esto lo que le matara en el plazo de unas horas.

Un ser viviente no era capaz de soportar dos veces el proceso de transmutación: la pérdida de energías era demasiado grande para resistirla.

Poco a poco fue adoptando la forma del ser que para un terrestre

aparecería como un horrible engendro. Esta vez no había nadie que le sacara de allí inmediatamente, con los procesos biológicos casi paralizados. La máquina siguió trabajando sobre su cuerpo inconsciente, devolviéndole la vitalidad con cierta rapidez.

Por fin abrió los ojos de nuevo. Su mente estaba en blanco.

"Eres Helia-Bih" —leyó.

—Sí. Soy Helia-Bih. Lo recuerdo perfectamente.

Empujó la cúpula transparente, apartándola. Sentado en la mesa vio los cadáveres de sus dos últimos adversarios, y un poco más de memoria acudió a él.

Estaba muy débil. Tanto que apenas le quedaban fuerzas para arrastrase a gatas y regresar al sitio en que había matado a Aster-Soh.

Minutos después tenía en sus manos la relación de lo ocurrido, escrita por él mismo cuando aún disfrutaba de un físico completo y lleno de vida, bajo la apariencia del capitán terrícola Gene Burton.

Tres horas transcurrieron mientras leía aquel manuscrito que le explicaba los motivos de que ahora se encontrase en esta situación. Al terminar se quedó pensativo durante largos minutos, con la vista fija en el cadáver del que fuera su amigo Aster-Soh.

—Tal vez no merecieras morir —reflexionó en voz alta—. Te limitaste a cumplir con lo que creías tu deber. Pero el mío era mucho más importante aunque no hubiera recibido órdenes de nadie. Tal vez un día pases a la Historia como el hombre que no vaciló en encarcelar a su mejor amigo y llevarle ante un Consejo de Guerra, porque creyó ser ésa la línea de conducta más recta.

"Yo, en cambio, ¿qué seré en adelante? El recuerdo del más grande traidor que han visto las Edades: traicioné a mi patria; pisoteé el juramento de obedecer sin vacilaciones las órdenes que me fueran dadas; ataqué por la espalda a los inocentes que me creían uno de los suyos. Y, para coronar tal cúmulo de iniquidades, maté a un amigo por cumplir con las obligaciones que yo había traicionado.Pero creo que lo he hecho por una causa justa: ¿Qué significan unas cuantas vidas, unos cuantos hechos de los que cualquiera se avergonzaría, a cambio del fin que he perseguido: la unión, como hermanos, de todas las razas inteligentes del Universo?"

Penosamente avanzó hacia la celda en que estaba encerrado Joe Millikan, luego de haber agregado unas palabras más al manuscrito. Sentía que las fuerzas le abandonaban a cada segundo, que su vida no iba a durar mucho ya…

* * *

El teniente Millikan aún no había logrado reponerse de la sorpresa, o mejor dicho, de la serie de ellas que se le habían venido encima en poco tiempo: el ataque de los "marcianos"… el descubrimiento de que su compañero, según propia, confesión, no era Gene Burton. Esto último no podía acabarlo de creer. Sin embargo, no le quedaba duda alguna de que Gene era un traidor que se había vendido a aquellos gigantescos individuos, con no sabía qué inconfesables fines.

Ni tampoco comprendía el motivo de que le tuvieran allí encerrado sin que nadie viniera a verle: únicamente, una vez al día a lo que calculó, uno de los "marcianos" le traía una especie de mantequilla de color y gusto indefinibles, pero que indudablemente era nutritiva en alto grado. No podía decir que pasara hambre. De momento no se dio cuenta de que se abría la puerta de su prisión.

—¡Joe! —llamó una voz débil, de acento extraño.

Dio media vuelta, sorprendido. Era la primera vez que le llamaban… o siquiera se dirigían a él verbalmente de alguna forma, desde que fuera capturado.

Uno de aquellos seres gigantescos, de más de dos metros de estatura, y facciones totalmente desconocidas para él, estaba de pie en medio del quicio de la puerta.

Se mantenía en precario equilibrio sobre su única pierna. En la mano derecha sostenía un rollo de papeles, en ademán de ofrecérselos.

—¿Qué quieres ahora de mí? —preguntó Millikan, avanzando amenazador pese a que no ignoraba que el otro podría despedazarle si ése era su gusto.

—Eres… libre —se tambaleó Helia-Bih, teniendo que agarrarse con la mano libre al dintel—. Toma esto. La nave… y todo cuanto contiene… es tuyo. Nadie te… lo dispu… tará… Cayó de rodillas, respirando fatigosamente. En esta posición se encontraba más descansado al no tener que soportar su peso con una sola pierna.

Joe dio dos pasos más hacia él.

—¿Qué significa esto? ¿Dónde están los otros?

—Muer… tos. Los maté yo para que no te estorbaran. Yo también voy a… morir. La nave… es fácil de… manejar… Regresa a la Tierra… con… ella.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Joe, arrodillándose junto a él.

Helia tuvo que apoyar una mano en el suelo para evitar caer.

—Lee esto. Te lo… explicará mejor… que yo. Tienes también una… lista de mis agentes… en la Tierra… No los maltratéis: son… soldados que… cumplen con su… deber.

“Adiós… Joe. Sé feliz con… Olivia y dile… dile que yo… también la he… querido. Que lo he… hecho por… ella.”

Las escasas fuerzas le abandonaron repentinamente y su cabeza golpeó con ruido sordo contra el metálico suelo.

* * *

La astronave se posó silenciosamente en su pista de aterrizaje. Un gran portón se abrió en el fondo, dejando caer una rampa, hacia la que se dirigieron cuatro tractores con sus correspondientes remolques para iniciar la descarga de mercancías.

El hombre y la mujer permanecieron en sus asientos, manifestando no tener prisa alguna en desembarcar. Solamente cuando los últimos pasajeros estaban desapareciendo por la portezuela de salida, se decidieron a seguirlos.

—Vamos, querida —dijo él, tomándola por el brazo—. El “Ogro” nos estará esperando, con seguridad.

—¡Tengo deseos de verle! —aseguró ella—. ¿Es verdad eso que me has dicho muchas veces, de que está desarrollando una buena barriga?

—¡No, por favor! ¡No se lo digas a él! —fingió horrorizarse—. ¡Me descuartizaría!

Efectivamente, al pie de la escalerilla móvil, un hombre oteaba ansiosamente los rostros de los pasajeros, mostrando su desencanto al no reconocer a los que esperaba.

A su lado, un lujoso coche cerrado, con la matrícula del Destacamento de las Fuerzas Espaciales Terrestres en Marte.

—¡Vaya, hombre, ya era hora! —afirmó el que aguardaba, dando un par de vigorosas chupadas al tubo de oxígeno, compañero inseparable de todos los que salían a la intemperie para cortos paseos.

Se hacía imprescindible llevar este aditamento, ya que la enrarecida atmósfera de Marte era demasiado pobre en oxígeno para las necesidades humanas.

Seaborg se adelantó hasta los recién llegados, y por unos momentos se cruzaron abrazos y apretones de mano.

—¿Cómo están las cosas por allá abajo? —preguntó, empujándoles

hacia el automóvil. Las portezuelas se cerraron herméticamente tras ellos, encaminándose hacia la ciudad-concha que se levantaba a un lado del aeropuerto.

—Parece que se arreglan, jefe —contestó Joe Millikan, suspirando aliviado en la atmósfera acondicionada del vehículo—. En principio ya se han adherido sin reserva alguna varias naciones al Convenio Federativo Mundial. La Organización de Naciones Unidas pasa a ser el Gobierno Superior de esos Estados. No creo que tarden en entrar los que faltan.

—Desde luego. Si tenemos en cuenta que los que lo patrocinaron son las siete potencias mayores. ¿Y el debate sobre Espacio Exterior? ¿Estuviste presente?

—Desde luego—rió Millikan—. Olivia también me acompañó. ¡Si hubiera visto cómo nos atendieron! El propio Embajador del Reino Unido nos cedió galantemente el palco de sus invitados.

—¿Quieres explicarme de una vez lo que ocurrió? —Seaborg estaba impaciente y no trataba de disimularlo.— ¡Oh, nada! Ni siquiera hubo discusión. Simplemente se expuso el proyecto de resolución, por el que se ponía bajo el control directo de la Secretaría del Espacio de las Naciones Unidas, todo cuanto pudiera existir por encima de los mil kilómetros sobre el nivel del mar: espacio vacío, satélites, planetas… todo, en fin, salvo que se demostrara que estaba ocupado por razas inteligentes ajenas a la nuestra. Entonces entraría en funciones la Secretaría de Relaciones Exteriores para tratar de entablar contactos amistosos… ¡Una verdadera delicia, jefe!

—¡Espléndido! —se alegró Seaborg—. ¿Y tú, Olivia? ¿Cómo has visto la Tierra luego de todos estos años sin poner el pie allí?

—¡Muy pesada, se lo aseguro! —todos rieron ante aquella alusión a las dificultades de acostumbrarse a un mundo de mayor gravedad luego de pasar algún tiempo en otro más ligero.

—He de mostraros algo —Seaborg se dio una palmada en la frente —. ¡Abe! ¡Llévanos donde tú sabes!

—Ya lo estoy haciendo, señor —repuso el sargento Trenton— Dentro de un minuto estaremos allí.

Joe Millikan y Olivia, su esposa, aguardaron. Creían saber de qué se trataba pero no llegaban a atreverse a hacer la pregunta que los confirmara en ello.

Y, de pronto, ante ellos, como surgiendo de la nada, se alzó un soberbio monolito, en apariencia delgadísimo. Y muy alto.

Sólo al aproximarse cayeron en la cuenta de sus verdaderas dimensiones. Era una verdadera torre, de más de quinientos metros de altura. Totalmente lisa, sin el más mínimo saliente, parecía totalmente hecha de cristal opaco. Solamente una amplia puerta a su pie, rompía la continuidad del muro.

El coche se detuvo al final de la carretera, que coincidía con la puerta. Esta era de colosales dimensiones, flanqueada por dos figuras: la de la derecha representaba a un hombre de la Tierra; la otra a un extraño ser, de proporciones ligeramente humanoides, aunque participaba algo del reptil y de ave al mismo tiempo. Sus facciones hubieran parecido horribles de momento, y secamente al fijarse mejor en ellas podía descubrirse cierta nobleza en su expresión.

Los brazos extendidos en ademán de estrecharse las manos, formaban el dintel superior del portón.

En el interior, ocupando el centro de la primera planta, un pedestal sobre el que se erguía otra estatua del ser extraterrestre. A los pies de la figura aparecía una inscripción grabada en la piedra:

AQUI YACE HELIA-BIH, AMIGO DE LA TIERRA.
¡QUE SU CONDUCTA OS SIRVA DE EJEMPLO!

Joe Millikan se volvió hacia su esposa. Olivia tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Pobre Gene! —sollozó la muchacha—. ¡Nunca me acostumbraré a darle otro nombre!

—Gene Burton era un buen muchacho —le recordó su marido—. Pero jamás hubiera podido compararse con la grandeza de alma de este ser que sacrificó su vida y su reputación por algo que, en definitiva, no hubiera importado a muchos hasta ese extremo.

—¡Si hubiera muchos como él…! —Olivia dejó sin terminar la frase, pero su sentido era obvio para sus compañeros.

—Estoy tratando de que su nombre figure, para que siempre le recordemos y todos traten de seguir su ejemplo, en la parte superior del emblema de las Fuerzas del Espacio —dijo Seaborg.

Ya de regreso hacia Marstown, la primera ciudad terrestre en Marte, Seaborg hizo otra pregunta:

—¿Has tenido muchas dificultades en conseguir el permiso para la Flota que salga en busca de los agentes de Helia?

—Ninguna, en absoluto. Están con nosotros que antes de abrir la

boca ya tenemos concedida cualquier petición. Quieren entablar relaciones con ellos cuanto antes, para persuadirles de que somos muy buenos amigos y muy malos enemigos. Dentro de dos meses empezarán a concentrarse en Phobos.

—He designado a Ernie Keith para comandante en jefe…

Millikan dio un salto.

—¡Eso no era lo acordado, general! ¡Tenía que ser yo quien…!

—¡No llegues a conclusiones precipitadas, muchacho! Tú serás el Embajador que trate de entablar las relaciones. Yo me encuentro ya demasiado viejo para esos trotes…

F I N